

---

## PRÓLOGO



Lázaro de Tormes es pregonero en Toledo: anuncia por las calles las cosas que se venden o las que se han perdido o lo que le ordenan.

Una dama pide que le informen por escrito sobre la vida del arcipreste de San Salvador, su servidor y amigo, que vive en Toledo. Y como Lázaro no sólo pregonaba los vinos del arcipreste, sino que además está casado con su criada, le preguntan a él.

Para informar a la dama, Lázaro le contará su propia vida desde el principio hasta llegar a lo que a ella le interesa: su relación con el arcipreste de San Salvador.

Pero Lázaro no sabe escribir, así que un escribiente va tomando nota de su relato para que la dama, que no vive en la ciudad, pueda leerlo.

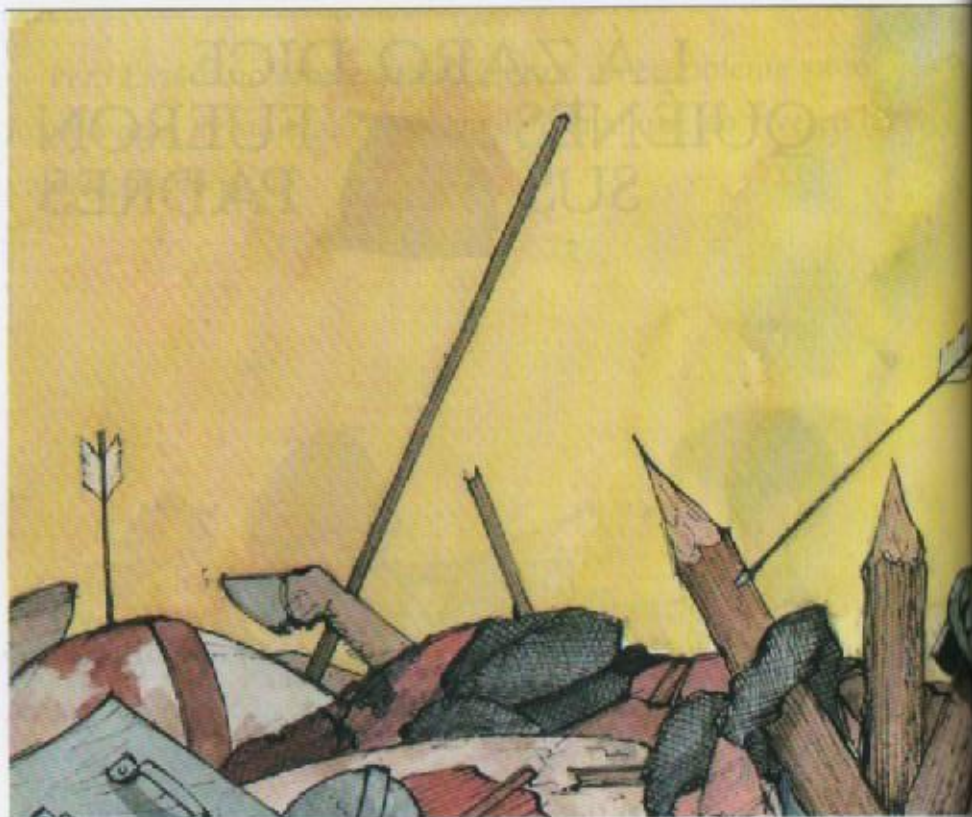


## LÁZARO DICE QUIÉNES SUS FUERON PADRES

Pues sepa usted que a mí me llaman Lázaro de Tormes. Soy hijo de Tomé González y de Antona Pérez, que eran de Tejares, una aldea de Salamanca.

Nací dentro del río Tormes, y por eso me llaman ahora Lázaro de Tormes. Mi padre era molinero, trabajaba en un molino que estaba a orillas del río. Mi madre sintió los dolores del parto una noche que estaba en el molino, y allí mismo nací yo, en el Tormes.

*...un acontecimiento se tomando  
nota de su relato*



Tenía yo ocho años cuando acusaron a mi padre de robar trigo de los sacos que llevaban al molino. Lo cogieron preso y lo azotaron. Después, como se preparó una expedición a Áfri-

*...en la batalla de Gelves,  
murió mi padre*



ca contra los moros, un señor que iba a la guerra lo contrató para que cuidara de su caballo. Y allí, en la batalla de Gelves, murió mi padre con su señor, como criado fiel.

Al quedarse sola, mi madre se fue a la ciudad y alquiló una casita. Hacía la comida a los estudiantes y lavaba la ropa a los mozos de caballos del comendador de la Magdalena. Así conoció a uno de ellos, al negro Zaide, que, por cierto, nos visitaba a menudo.



*...nos traía pan, trozos  
de carne y leña en invierno*



Primero yo le tenía un poco de miedo, pero luego empecé a quererle, porque nos traía pan, trozos de carne y leña en invierno.



Con el tiempo, mi madre me dio un hermanito. Era un negrito muy bonito, con el que yo jugaba.

Una tarde que estaba con nosotros Zaide, como el niño nos veía a mi madre y a mí tan blancos y a él tan negro, de miedo no quería ir con él. Le apuntaba con el dedo y decía:

—¡Mamá, coco!

Yo, aunque era un niño todavía, me di cuenta de lo que decía mi hermanito y pensé: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!»

En castigo azotaron a mi madre y a Zaide. Desde entonces a ella no le dejaron entrar más en casa del comendador, ni tampoco al pobre negro que entrara en la nuestra.



*Para poder darnos de comer a los dos,  
mi madre se fue a servir*



*Libremente me fué  
a servir*

Para poder darnos de comer a los dos, mi madre se fue a servir al mesón de la Solana. Y allí, pasando mil penalidades, se acabó de criar mi hermanito hasta que supo andar, y yo me hice mayor.

En este tiempo me fué a servir al mesón de la Solana. Y allí, pasando mil penalidades, se acabó de criar mi hermanito hasta que supo andar, y yo me hice mayor.

## CÓMO LÁZARO PASÓ A SERVIR A UN CIEGO



En este tiempo fue al mesón un ciego. Al saber de mí, le pareció que podría servirle de guía.

Se lo pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, tras contarle que mi padre, un buen hombre, había muerto en la batalla de Gelves luchando contra los moros, y que confiaba en que yo no sería peor hombre que él. Le pidió que me tratara bien y que cuidara de mí, pues era huérfano.

El ciego le dijo que sí, que me trataría como a un hijo. Y así empecé a servir de guía a mi nuevo y viejo amo.



Como el ciego vio que en Salamanca ganaba poco, decidió irse de allí. Cuando llegó el momento de marcharnos, fui a ver a mi madre. Lloramos mucho los dos. Ella, dándome su bendición, me dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Te he criado y te he puesto con un buen amo. Ahora tienes que valerte por ti mismo.

Y de esta manera me fui a donde estaba mi amo esperándome.

Salimos de Salamanca. Allí, a la entrada del puente, hay un animal de piedra que tiene forma de toro. El ciego me mandó que me acercase al animal y luego me dijo:

—Lázaro, pon el oído en este toro y oirás un gran ruido dentro de él.

Yo, como era un niño inocente, lo hice porque creí que era verdad lo que decía.

Cuando el malvado ciego notó que tenía la cabeza junto a la piedra, me la empujó con fuerza con la mano para que me diera un enorme golpe contra el toro. El dolor de la cornada me duró más de tres días. Y encima me dijo:

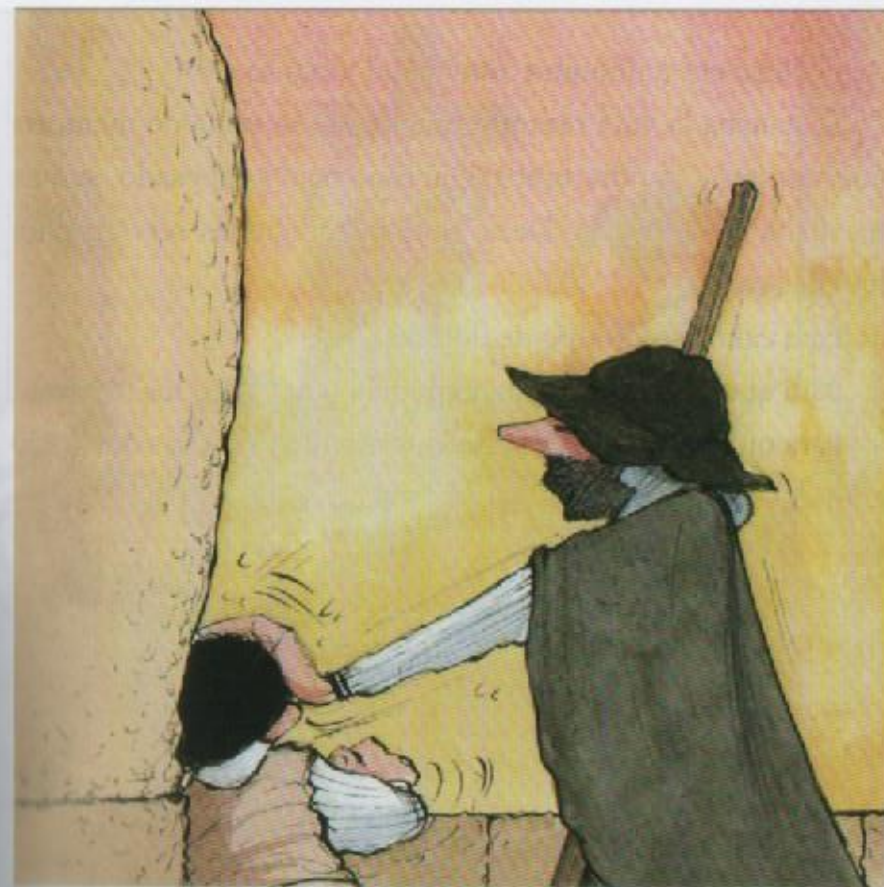
—¡Necio, aprende!, que el mozo de un ciego ha de saber más que el diablo.

Y se rió mucho de la burla que me había hecho.

En aquel momento me pareció despertar del sueño de mi niñez, y me dije: «Éste tiene razón. Tengo que abrir bien los ojos y no dejarme engañar, porque estoy solo.»

Y así comenzamos nuestro camino. En muy pocos días me dio muchos consejos. Me decía:

*...el malvado ciego notó que tenía la cabeza junto a la piedra*



—Yo no te puedo dar ni oro ni plata, pero sí enseñarte a ir por el mundo.



El ciego era un hombre muy hábil y astuto.

Se ganaba la vida rezando oraciones. Se sabía de memoria más de cien. Cuando rezaba, con tono bajo y reposado, su voz resonaba en la iglesia. Decía que sus oraciones servían para muchas cosas:

Para calmar todo tipo de dolores.

Para que las mujeres que no podían tener hijos los tuvieran.

Para que vivieran felices con sus maridos aquellas que no lo eran...



Todo el mundo creía que era verdad lo que decía, sobre todo las mujeres. Siempre que le decían «me duele esto» o «me duele esto otro», él les recomendaba «haced esto», «coged tal hierba» o «tomad tal raíz».

Y así ganaba en un mes lo que cien ciegos en un año.



## LÁZARO Y EL CIEGO: DE PILLO A PILLO



Pero aquel ciego era también muy avaro, de tal forma que me mataba de hambre.

Si yo no me llego a espabilar, me hubiese muerto por lo poco que me daba para comer. Y es que, a pesar de que era muy astuto, yo sabía engañarle. Para que usted sepa cómo lo hacía, le contaré algunas de mis burlas.

Resulta que él guardaba el pan y todo lo que le daban en un saco, que se cerraba con una argolla de hierro y con una llave. Metía y sacaba las cosas de allí con tanto cuidado, que no había manera de quitarle nada. A mí sólo me daba un poco de comida, que yo despachaba en dos bocados.

Sin embargo, cuando el ciego cerraba el candado y creía que yo estaba haciendo otras cosas, me acercaba al saco y descosía un poco la costura de un lado. Entonces, por el agujero sacaba no un trocito de pan, sino buenos pedazos, y longaniza y tocino. Luego lo volvía a coser y ¡listo!



También le sisaba todo el dinero que podía quitarle. Me guardaba las monedas de medias blancas y, si le pagaban las oraciones con blancas, yo me las metía en la boca al besarlas cuando se las daban. Enseguida las cambiaba por las otras, las de la mitad de su valor, y el mal ciego se quejaba porque, al tocarlas, se daba cuenta de que eran medias blancas.

—¿Qué diablos es esto? —me decía—. ¡Desde que estás conmigo, sólo me dan medias blancas! ¡Antes sí que me daban blancas! En ti debe de estar esta desdicha.

...me mandaba que le tirara de  
 buenas palabras la capa para avisarle



...me ocurría coger  
 una papa larga de centeno

Pero el ciego se lo tenía bien merecido por tramposo. Por ejemplo, nunca acababa las oraciones, porque me mandaba que le tirara de la capa para avisarle cuando se iba el que había pagado la oración. Yo así lo hacía. Y él, en el acto, empezaba a proclamar en alta voz, buscando nuevos clientes:

—¿Mandan decir tal o cual rezo?

## EL DULCE Y AMARGO JARRO



Cuando comíamos, ponía muy cerca de sí un jarrillo de vino. Yo lo cogía muy deprisa, bebía un poco y lo volvía a poner en su sitio. Pero el ciego se dio cuenta de que le faltaba vino y desde entonces nunca soltaba el asa.

A mí se me ocurrió coger una paja larga de centeno y, metiéndola en el jarro, chupaba el vino. También vio el astuto ciego que algo pasaba con su vino y decidió poner el jarro entre sus piernas, y además lo tapaba con las manos.

...se me ocurrió coger  
una paja larga de centeno



Yo busqué otro camino para llegar al vino, que tanto me gustaba. Le hice en la base del jarro un agujero muy delgado y lo tapé con un poco de cera. Cuando comíamos, le decía al ciego que tenía frío y me ponía entre sus piernas para calentarme en la pequeña lumbre que encendíamos. Con el calor, se derretía la cera y empezaba a salir un hilillo de vino que caía directamente en mi boca, de tal forma que no se perdía ni una sola gota. Cuando el ciego iba a beber, no encontraba nada y encima no sabía cómo le había desaparecido.

Yo le decía:

—No diréis, tío, que me lo bebo yo, porque nunca soltáis el jarro.

Pero tantas vueltas le dio al jarro, que acabó descubriendo la fuente. Sin embargo, disimuló y no dijo nada.

Al día siguiente, estaba yo bebiendo como de costumbre, con los ojos cerrados para saborear mejor el sabroso vino, cuando el malvado ciego se dio cuenta de que era el momento de vengarse. Y con todas sus fuerzas, cogiendo con las dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer sobre mi boca, de



manera que me pareció que me había caído encima el cielo con todo lo que hay en él.

Fue tal el golpe, que me dejó sin sentido. Los pedazos del jarro se me metieron por la cara y me rompieron los dientes, que por eso me faltan.

Desde aquel momento quise mal al mal ciego, porque vi que estaba contento de haberme hecho daño. Luego me lavó con vino las heridas y me decía sonriéndose:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te hizo daño te cura.

Cuando estuve bien, decidí que tenía que dejar al ciego porque, si me daba otro golpe como aquél, acabaría conmigo. Pero no lo hice enseguida, sino que esperé el momento oportuno.

Y no me dio ocasión para olvidarme del daño que me había hecho porque siempre, sin razón alguna, me daba golpes y me tiraba del pelo, arrancándome mechones.



*...le llevaba  
por los peores caminos*



Yo, por mi parte, le llevaba por los peores caminos para que lo pasara mal:

Por donde había piedras.

Por donde había más barro, aunque yo también tuviera que ir por el mismo sitio.

Y él, con el extremo de su bastón, me daba golpes en el codo, porque se daba cuenta de lo que yo hacía, ¡tan listo era el malvado ciego!



## CÓMO COMPARTIR UN RACIMO DE UVAS

Y para que usted vea lo astuto que era, le contaré una de las muchas cosas que me pasaron con él.

Cuando dejamos Salamanca, nos dirigimos a Toledo. Según el ciego, aquella era tierra más rica y, aunque la gente diera pocas limosnas, él estaba seguro de que «más da el duro que el desnudo», como dice el refrán.

Un día llegamos a Almorox.

Era el tiempo de la vendimia, y un vendimiador le dio un racimo como limosna. Como las uvas estaban muy maduras, se le desgranaba el racimo en la mano, y tampoco podía guardarlo en el famoso saco.

*Quiero compartir contigo  
este racimo*

35



Al comprender la situación, decidió hacer un banquete.

Nos sentamos en una valla, y dijo:

—Quiero compartir contigo este racimo. Lo haremos así: tú picarás una vez, y yo otra, siempre que me prometas que no tomarás más de una uva cada vez. Yo haré lo mismo hasta que nos lo acabemos, y así no habrá engaño.

Hecho así el pacto, empezamos a comer. Pero enseguida el traidor ciego cambió de opinión y empezó a coger las uvas de dos en dos.





Como vi que él rompía el acuerdo, yo hice lo mismo y más: comía las uvas de dos en dos, y de tres en tres y como podía.

Cuando acabamos, estuvo un rato con el escobajo del racimo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, me has engañado. Juraría que te has comido las uvas de tres en tres.

—No las he comido así —le mentí—. ¿Por qué decís eso?

Y respondió el astuto ciego:

—¿Sabes por qué sé que las has comido de tres en tres? Porque yo me las comía de dos en dos, y tú callabas.

Yo me reí por lo bajo y, aunque era aún un niño, me di cuenta de la inteligencia del ciego.

Y no cuento muchas otras cosas para no ser pesado. Únicamente voy a hablar de un último engaño que le hice.

## LA LONGANIZA Y EL NABO



Estábamos en Escalona, en un mesón. Mi amo me dio un trozo de longaniza para que la asara. Se había comido ya un pedazo de pan untado con la grasa de aquel manjar, y me dio una moneda para que fuese a comprar vino.

Junto al fuego encontré un pequeño nabo que no servía ni para meter en la olla. Como estábamos solos los dos, y yo había olido el sabroso olor de la longaniza pero sabía que no era para mí, sin pensar en nada más que en mi hambre, mientras el ciego sacaba de la bolsa el dinero, quité del fuego la longaniza y puse en su lugar el nabo.

*Por el camino me comí  
la riquísima longaniza*



Me fui entonces a comprar el vino y dejé a mi amo dando vueltas al nabo. Por el camino me comí la riquísima longaniza.

*...había puesto el nabo  
entre dos rebanadas de pan*



Al volver, vi que el ciego había puesto el nabo entre dos rebanadas de pan, pero que aún no lo había probado. Por fin, al morder, se encontró con el frío nabo y me dijo:

—¿Qué es esto, Lazarillo?

—¡Desdichado de mí! —protesté—. ¿Queréis echarme las culpas de algo? ¿No vengo yo de traer el vino? Alguien que entraría aquí debió de cambiar la longaniza por el nabo.

—No, no —dijo él—. Yo no he soltado de la mano el asador. No es posible.

Yo volví a jurar y a perjurar que no había sido yo. Pero nada se le escapaba al astuto ciego.

*...me cogió la cabeza y se acercó a olerme  
con sus largos cabellos...*

Me cogió la cabeza y se acercó a olerme. Como debió de notar algo en el aliento, me sujetó con las manos, me abrió la boca todo lo que pudo y metió dentro de ella la nariz.

Por cierto, que la tenía larga y afilada, y a mí me parecía que con la rabia le había crecido un palmo. De tal forma que con su nariz me tocó la campanilla, al fondo de la boca. Y al hacerlo, junto con el miedo que yo tenía, vomité la longaniza antes de que sacara su trompa de mi boca, de modo que salieron de ella, al mismo tiempo, su nariz y el robo, la mal masticada longaniza.



*...debes ponerle el dedo  
entre dos rebanadas de pan*

Fue tan grande su furia que me hubiera matado si al ruido no acudiera gente a socorrerme. Me sacaron de sus manos, que se quedaron con mis pocos cabellos, y me dejó la cara y el cogote completamente arañados.



*...sus manos, que se quedaron  
con mis pocos cabellos*



A todos los que acudieron a mis gritos, contaba el mal ciego mis engaños: el del jarro de vino, el del racimo de uvas y éste de la longaniza.

Era la risa de todos tan grande, que los que pasaban por la calle entraban a ver qué ocurría. Hay que reconocer que el ciego contaba mis burlas con tanta gracia que, aunque yo estaba herido y llorando, no podía menos que reír también.

En ese momento me di cuenta de que había perdido la ocasión de dejarle sin narices, porque ellas habían hecho ya la mitad del camino en mi boca, y con sólo apretar los dientes se hubieran quedado en casa, y tal vez mi estómago las hubiera guardado mejor que la longaniza. Y si no hubieran aparecido, nadie me hubiera podido acusar de haberlo hecho.

Otra vez me lavaron con vino las heridas de la cara.

Y el mal ciego proclamaba:

—Más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos.

Y a mí me decía:

*...los que pasaban por la calle  
entraban a ver qué ocurría*

—Le debes más al vino que a tu padre, porque si tu padre te dio una vez la vida, el vino te la ha dado mil. Yo te digo que, si alguien es afortunado con el vino, lo vas a ser tú.

Y los que me curaban se reían con los comentarios del ciego, mientras yo lo maldecía.



Pero al final tuvo razón. Y muchas veces me he acordado de aquel hombre, que parecía ser adivino, porque acertó, como le contaré a usted.



## EL POSTE QUE NO OLIÓ EL CIEGO



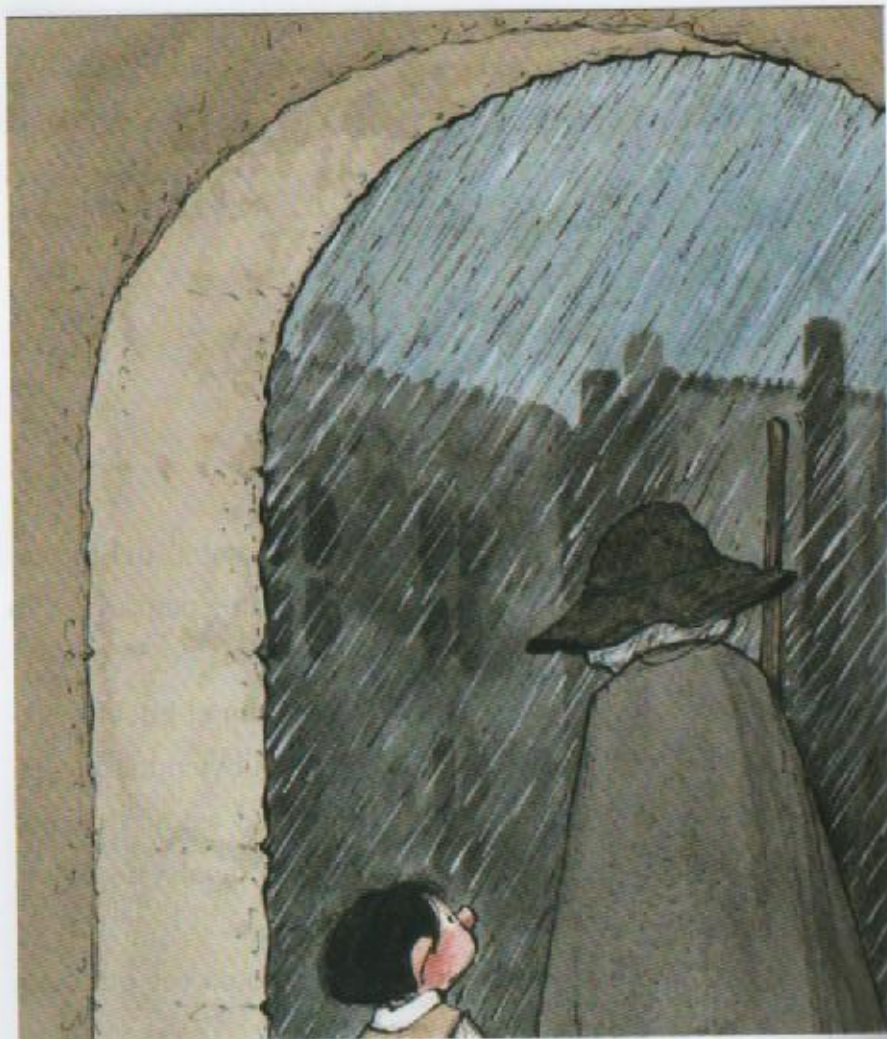
Tras este suceso y viendo lo mal que me trataba, definitivamente decidí dejar al ciego, como ya antes había pensado. Y lo hice así.

Al día siguiente, salimos a pedir limosna por el pueblo. Había llovido mucho la noche anterior y seguía lloviendo todavía.

El ciego rezaba debajo de unos soportales y así no nos mojábamos; pero como se hacía de noche y no dejaba de llover, me dijo mi amo:

—Lázaro, vámonos a la posada, porque no parece que vaya a dejar de llover. De noche lo hará más.

...se hacía de noche  
y no dejaba de llover



...se hacía de noche  
contra el poste

Para ir a la posada teníamos que pasar un arroyo que llevaba mucha agua.

—Yo le dije a mi amo:

—Tío, el arroyo va muy ancho. Pero se estrecha en un lugar. Si saltamos por él, no nos mojaremos.

Al ciego le pareció un buen consejo y me dijo:

—Eres listo, y por eso te quiero bien. Llévame a ese sitio, donde se estrecha el arroyo, que en invierno sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados.

Yo, que vi que todo me salía como había calculado, lo saqué de debajo de los soportales y lo llevé frente a un pilar o poste de piedra que había en la plaza. Entonces le dije que aquél era el mejor lugar para saltar. Él, como se estaba mojando mucho bajo la lluvia, no sospechó nada, y me dijo:

—Ponme bien derecho y salta tú primero el arroyo.

Yo le puse bien recto enfrente del pilar y di un salto. Me escondí detrás del pilar y le dije desde allí:

—Saltad todo lo que podáis para pasar a este otro lado del agua.

*...se lanzó de noche  
y no dejaba de llover*

El ciego cogió impulso para dar un salto mayor y se lanzó de cabeza contra el poste. Rebotó y cayó para atrás sin sentido.

—¿Cómo? ¿Oliste la longaniza y no el poste? —le dije yo—. Pues oled, oled.

En el acto empecé a correr para salir del pueblo mientras llegaba la gente a socorrerlo. Y antes de que se hiciera de noche, estaba ya en otra aldea, en Torrijos.

Desde entonces, no supe nada más de él ni quise saberlo.



*...se lanzó de cabeza  
contra el poste*





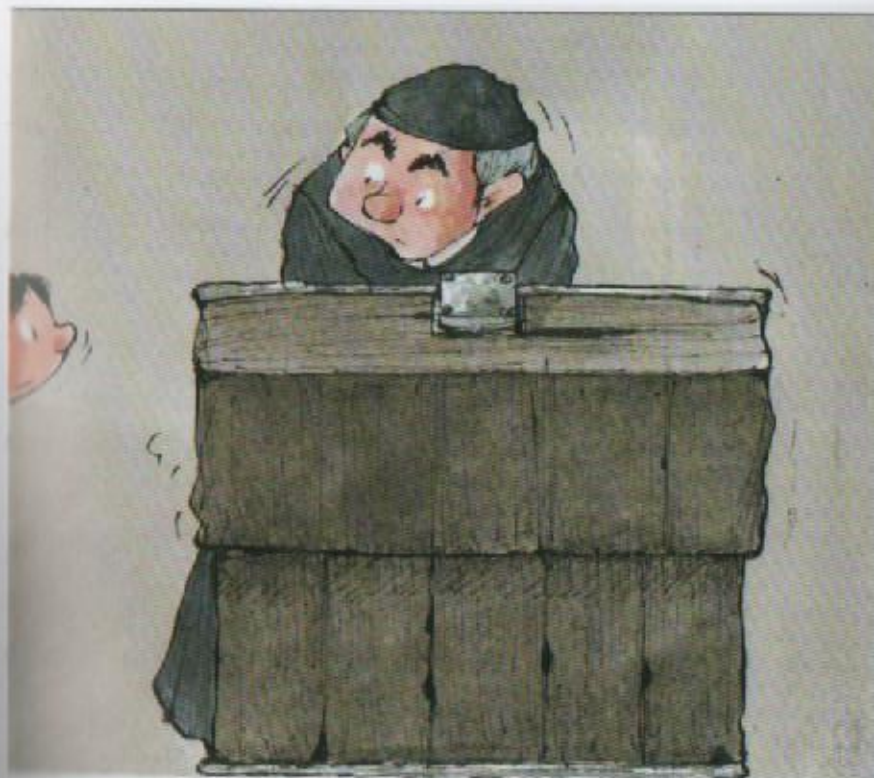
## SU SEGUNDO AMO: EL CLÉRIGO AVARO



Al día siguiente, como no me sentía seguro, me fui a otro pueblo, a Maqueda. Me acerqué a un clérigo para pedirle limosna y él me preguntó si sabía ayudar a la misa. Yo le dije que sí, porque el ciego me había enseñado. Y así pasé a servir al cura.

Sin embargo, escapé del trueno y di en el relámpago, porque aquel clérigo era todavía mucho más avaro que el ciego.

Tenia un arcón viejo y cerrado con una llave que siempre llevaba él encima. En el arcón guardaba los panes que le daba la gente en la iglesia y lo cerraba enseguida.



En el resto de la casa no había nada más de comer, excepto una ristra de cebollas que tenía colgada en una habitación en lo alto de la casa. Por supuesto, esa habitación también estaba siempre cerrada.

A mí me daba una cebolla cada cuatro días para comer. Cuando yo le pedía la llave para ir por ella, si había alguien, sacaba con mucha ceremonia la llave y me la daba diciendo:

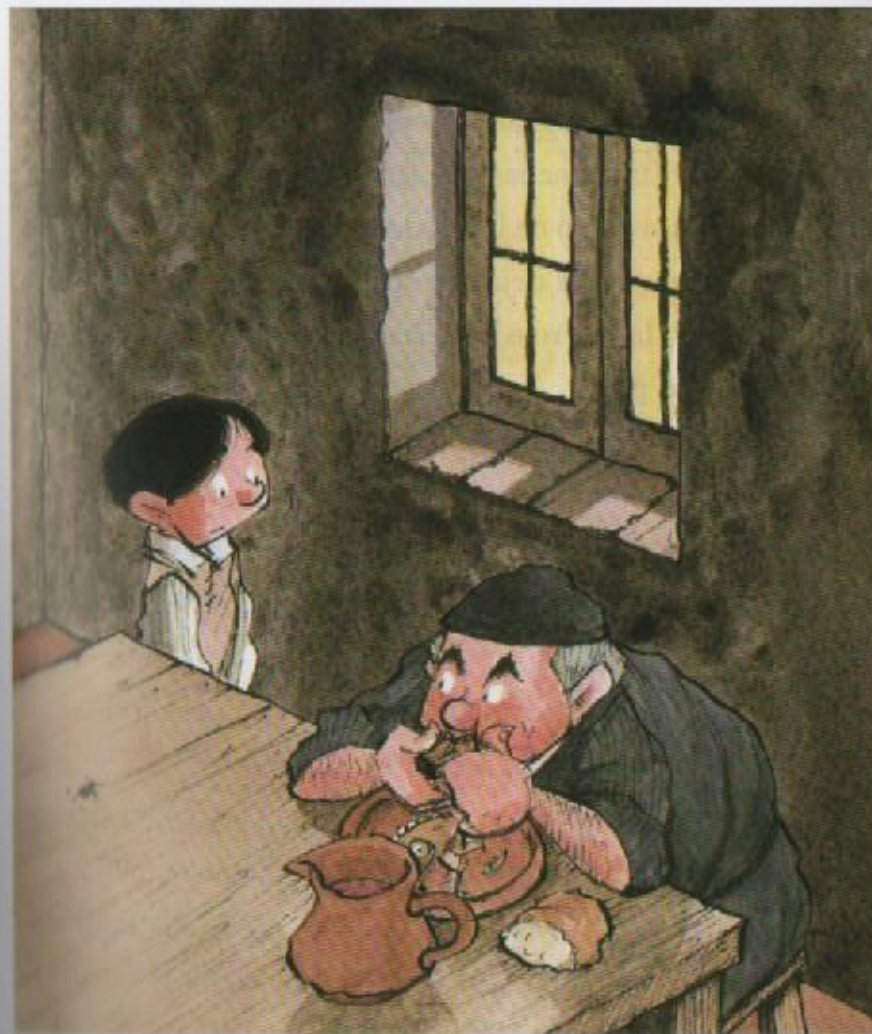
—Toma, pero devuélvemela enseguida, que no haces más que comer.

¡Como si en la habitación tuviera todas las conservas de Valencia! ¡Si sólo había unas cebollas colgadas de un clavo...! Además, las tenía tan bien contadas que, si hubiera cogido una más, me hubiera costado muy caro.

Con esa pobre ración yo me moría de hambre. En cambio, él se servía buena carne para comer y cenar. Alguna vez me daba un poco de caldo y un trocito de pan, ¡pero ni un bocado de carne!

Es costumbre en esta tierra comer cabeza de carnero los sábados. Así que cada sábado, me daba dinero para que comprase una. Luego él la cocía y se comía los ojos, la lengua, los sesos y la carne. Hasta roía los huesos. Hecho esto, me ponía los huesos chupados en el plato y me decía:

—Come, que para ti es el mundo. Vives mejor que el Papa.



A las tres semanas no me sostenían las piernas por el hambre que pasaba. Creí que me iba a morir. Y ni siquiera podía robarle ni una de las monedas que le daban en la iglesia, porque no quitaba nunca el ojo de la bandeja con la que yo las recogía.

Pensé muchas veces dejar a aquel mezquino amo, pero no tenía fuerzas en las piernas para hacerlo. Y además, tenía que encontraría otro peor.



## EL ASALTO AL ARCÓN

Un día que el ruin de mi amo se había ido fuera del pueblo, llegó a la puerta de casa un calderero y me preguntó si tenía algún caldero que reparar. Se me ocurrió de pronto una idea salvadora y le dije:

—He perdido la llave de este arcón y tengo miedo de que mi amo me pegue. ¿No tendríais alguna que lo abriera? Yo os la pagaría.

Comenzó a probar todas las llaves que llevaba..., hasta que una lo abrió. ¡Pude ver el tesoro de los panes allí guardados! Entonces le dije:

—No tengo dinero para pagaros, pero coged un pan de éstos.

*¡Pude ver el tesoro de los panes  
allí guardados!*



*Cuando el clérigo  
abrió el arcón...*

El calderero cogió uno de los panes y se fue muy contento, pero me dejó mucho más a mí.

De momento no toqué nada para que no se diera cuenta mi amo de que le faltaba un pan. Y tuve la suerte de que no lo vio.

Al día siguiente, en cuanto salió de casa, abrí el arcón, cogí uno de los panes y lo devoré en un santiamén. Luego me puse a barrer la casa muy contento, convencido de que había encontrado el remedio de mi vida.

Hice lo mismo al día siguiente, pero al tercero se me acabó la buena suerte.

Ví que el avaro clérigo no hacía más que contar y contar los panes ante su arcón abierto. Al rato me dijo:

—Si no fuera porque tengo siempre esta arca cerrada, yo diría que me han quitado panes. Pero ahora vigilaré mejor. Sé que quedan nueve panes y un pedazo.

Al oírlo, el estómago me empezó a doler de hambre pensando en la que de nuevo iba a pasar.

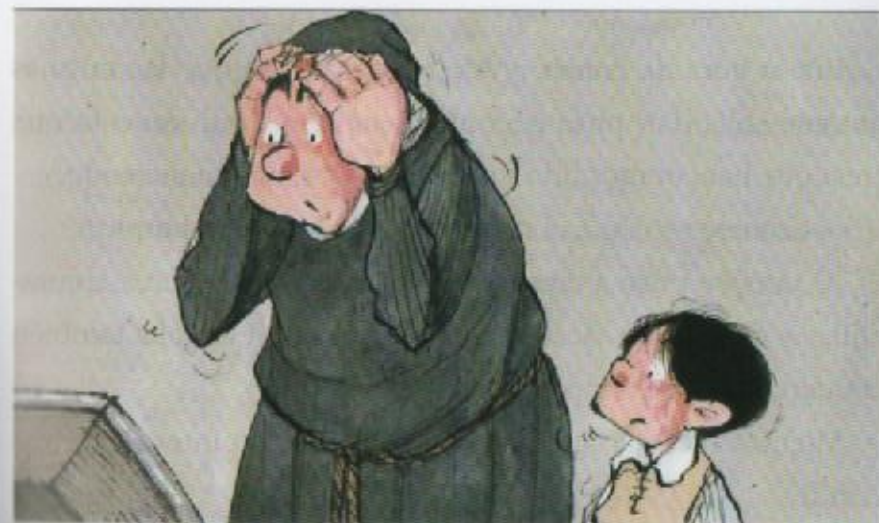
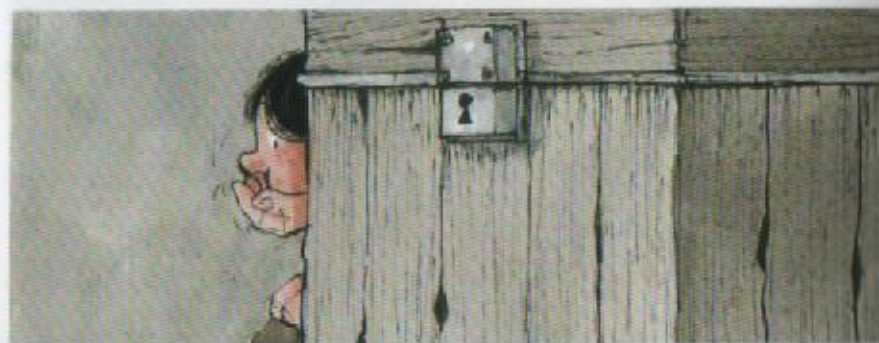
El mezquino clérigo se fue, y yo abrí el arca para consolarme. Conté los panes: eran nueve realmente. Sólo me atreví a

besarlos, y del trozo que había, partí un poco. Con eso pasé aquel día, mucho menos alegre que el anterior.

Pero como el hambre crecía, yo no hacía más que abrir y cerrar el arca, como si ver el pan pudiera hartarme.

Y de pronto me vino a la cabeza una idea. Me dije: «Este arcón es viejo y grande y tiene pequeños agujeros. Se podría pensar que los ratones, entrando por ellos, se comen el pan. Si cojo uno entero, mi amo se dará cuenta del robo; pero si tomo migajas de varios, pensará que han sido los ratones.»

Así lo hice, y mi estómago se consoló algo con los trocitos de pan.



Cuando el clérigo abrió el arcón y vio el daño, creyó, en efecto, que había sido cosa de los ratones.

Empezó a mirar por dónde podían haber entrado y encontró los agujeros.

Me llamó gritando:

—¡Lázaro, mira, mira qué persecución ha sufrido esta noche nuestro pan!

Yo me hice el sorprendido y le pregunté qué podía ser.

—¡Qué ha de ser! —dijo él—. ¡Ratones, que todo lo roen!

Era la hora de comer, y me tocó más pan que las migajas que me solía dar, porque con un cuchillo quitó todo lo que creía que habían mordido los ratones y me lo dio diciendo:

—Cómete eso, que el ratón es un animal muy limpio.

Al rato, se puso a tapar todos los agujeros del arca con tablillas y clavos que sacaba de las paredes. Así cerraba también la puerta para mi remedio.

Mientras, el clérigo, que parecía un carpintero, iba diciendo:

—Señores ratones traidores, os conviene cambiar de lugar, porque en esta casa no tenéis ya nada que hacer.



Cuando se fue a la calle, todavía abrí el arcón y cogí unos pedacitos de los panes que había empezado yo mismo, pero no me atreví a nada más.

Sin embargo, como mi hambre era tan grande, una noche se me ocurrió otra idea para poder comer.

## NO ES RATÓN SINO CULEBRA



Al rato, le puse a repuntar los clavos de las tablas y clavos que sacaba de las paredes. Así cerraba también la puerta para mi remedio.

Mientras, el clérigo, que parecía un carpintero, iba de Sabía que mi amo dormía profundamente porque oía sus ronquidos. Me levanté sin hacer ruido y, con un cuchillo, abrí un agujero en uno de los lados del arca. Como era tan vieja, no me costó mucho. Luego la abrí y comí del pan partido.

Así pude luego dormir un poco, echado en el montón de paja que me servía de cama. Es que, cuando no comía, tampoco me era fácil dormir.

A la mañana siguiente, mi amo se desesperó al ver que los ratones habían vuelto. Y volvió a tapar el agujero. Por la noche, repetí yo la cuchillada. De manera que cuantos agujeros él tapaba de día, yo los destapaba de noche.



Por fin se convenció de que no le servía de nada tapar los agujeros y que, si seguía así, el viejo arcón no soportaría tanto remiendo. Pensó, pues, que lo mejor era poner dentro una trampa para ratones.

Buscó una ratonera, pidió a los vecinos cortezas de queso y puso la trampa.

Mas el ratón, que era yo, siguió comiéndose el pan, ¡y también las cortezas de queso!

El clérigo ya no sabía qué hacer.

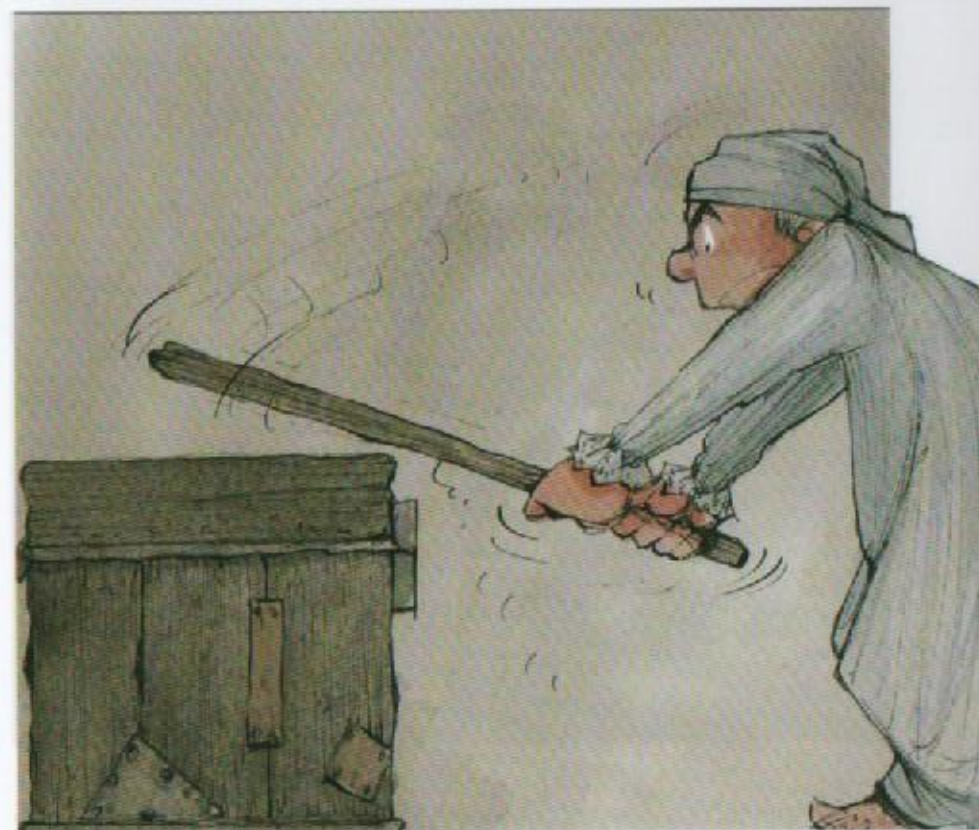
Preguntaba a los vecinos cómo podía ser que aquellos ratones se comiesen el queso y el pan y no quedasen atrapados por la trampilla.

Y un vecino le contó:

—Yo recuerdo que en vuestra casa solía andar una culebra. Ésa debe de ser. Como es larga, coge el queso y, aunque le caiga encima la trampilla, puede volver a salir.

A todos les pareció que tenía razón. Y desde entonces el sueño de mi amo fue muy ligero, porque cualquier gusano de la madera que oía creía que era la culebra.

*...daba grandes golpes  
a la vieja arca*



Se levantaba y, con un garrote que tenía a la cabecera de la cama, daba grandes golpes a la vieja arca creyendo que así espantaba a la culebra.





Despertaba a los vecinos con el ruido que hacía y a mí no me dejaba dormir. Iba también a las pajas donde estaba yo echado y las removía con el garrote, porque le habían dicho que esos animales se acercaban a las cunas de los niños buscando calor.

Y él de noche seguía dando golpes con su garrote, sin descansar.

Al final me entró miedo de que me encontrase la llave que escondía debajo de las pajas, y me pareció que lo más seguro era metérmela en la boca (en ella había guardado las monedas cuando serví al ciego).

Así, cada noche me metía la llave en la boca y dormía sin miedo de que me la encontrara el brujo de mi amo.





Una noche que estaba durmiendo con la boca abierta, la llave se me puso de tal forma que el aire que yo echaba salía por el hueco de ella y silbaba con fuerza.

Mi amo lo oyó y creyó que era sin duda el silbido de la culebra.

Se levantó sin hacer ruido y, con su garrote en la mano, se fue acercando muy despacio al silbido para que la culebra no le oyese.

Cuando estuvo a mi lado, pensó que el bicho estaba escondido debajo de las pajas. Levantó bien el palo, creyendo tener la serpiente debajo, y con toda su fuerza me descargó tan terrible garrotazo en la cabeza que me dejó sin sentido.

Al advertir que me había dado a mí, contaba luego que intentó despertarme llamándome a voces. Me tocó y notó la gran cantidad de sangre que se me iba, así que se dio cuenta del daño que me había hecho.

Fue enseguida a buscar lumbre y, al volver con ella, vio que por la boca me asomaba la mitad de la llave.

Asombrado, miró qué llave podría ser. Me la sacó de la boca y se dio cuenta de que era igual a la suya del arcón.

Fue a probarla, y seguro que debió de pensar: «Mira por dónde he cazado al ratón y la culebra que me comían los panes.»

*...me desmayé tan terrible  
que me aplastaron la cabeza*

Mas yo nada de esto pude ver ni oír, porque seguía sin sentido.

Sólo al cabo de tres días recobré el conocimiento. Me vi la cabeza emplastada y llena de aceites y ungüentos, y supuse lo que había pasado.

El cruel sacerdote me dijo entonces:

—Ya he cazado a los ratones y las culebras que me comían mis panes.

Una vieja y unos vecinos entraron a curarme y me dieron de comer, porque yo estaba muerto de hambre.

Poco a poco fui mejorando y a los quince días ya pude levantarme. Podría decirse que estaba medio sano, pero con mucha hambre.



*...entraron a curarme  
y me dieron de comer*



Entonces mi amo me cogió por la mano y me puso en la calle diciéndome:

—Lázaro, busca otro amo y vete con Dios. Que yo no quiero conmigo un servidor tan espabilado. ¡Se te nota que has sido mozo de ciego!

Y santiguándose, como si yo fuera el mismo demonio, se metió en casa y cerró la puerta ante mis narices.

## EL ENCUENTRO CON EL ESCUDERO, SU TERCER AMO



Tuve que sacar fuerzas de flaqueza y, poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, pude llegar a esta ciudad de Toledo.

A los quince días se me cerró la herida. Mientras estuve malo, me daban limosna. Pero cuando me puse bueno, me decían:

—Busca, busca un amo a quien servir.

Andando así de puerta en puerta, me topé con un escudero que iba por la calle, bien vestido, bien peinado. Me miró, y yo a él. Y me dijo:

—Muchacho, ¿buscas amo?

Yo le contesté:

—Sí, señor.



—Pues vente tras mí —me respondió—, que has tenido mucha suerte al dar conmigo.

Le seguí dando gracias a Dios, porque me pareció que era el amo que yo necesitaba.

Era bien temprano cuando lo encontré, y durante toda esa mañana recorrimos gran parte de la ciudad. Varias veces pasamos por las plazas en donde se vendían pan y alimentos. Yo quería que comprase allí comida, porque era la hora de la compra, pero él no se detenía en ninguna parte.

Entonces me dije a mí mismo: «Tal vez no le gusta lo que venden aquí y quiere que lo compremos en otra parte.»

Así anduvimos hasta que dieron las once. Entonces entró en la catedral para oír misa, y yo detrás de él. Salimos los últimos, cuando acabó todo y la gente había salido ya de la iglesia.

Empezamos a ir deprisa por una calle abajo. Y yo me sentía el chico más feliz del mundo al ver que no nos habíamos ocupado en comprar de comer, porque pensé que eso significaba que no necesitaba nada. ¡Sin duda la comida estaría a punto en su casa!

## LA CASA VACÍA

Sonó la una en el reloj cuando llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, y yo con él. Sacó una llave y abrió la puerta. Entramos. Tenía la entrada tan oscura que daba miedo pasar, pero dentro había un patio pequeño y unas habitaciones que no estaban mal.

Después, se quitó la capa y, preguntándome si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y él la puso en un poyo o banco de piedra que había allí. Hecho esto, se sentó y me preguntó de dónde era y cómo había ido a Toledo.



Yo hubiera preferido comer en vez de conversar, porque ya era hora de poner la mesa, pero le hablé de mí contándole unas cuantas mentiras.

Eran ya casi las dos y seguíamos sentados allí. A mi nuevo amo no se le veía intención alguna de ir a preparar la comida.

En la casa tampoco parecía que hubiera nadie más. Yo sólo había visto paredes, porque no había allí ni silla ni banco ni mesa, ni tan siquiera un arcón como el del clérigo. Parecía una casa encantada.

Estando así, me dijo de pronto:

—Tú, mozo, ¿has comido?

—No, señor —dije yo—, porque no habían dado las ocho cuando le encontré a usted.

—Pues aunque era temprano, yo ya había desayunado. Y cuando lo hago, hasta la noche no como nada más. Por eso, pá-sate como puedas, que después cenaremos.



Cuando le oí, estuve a punto de desmayarme, porque me di cuenta de que había ido de mal en peor. Pero disimulé y le dije:

—Señor, soy un mozo al que no le preocupa mucho el comer. Todos mis amos anteriores me alabaron esa cualidad.

—Ciertamente ésa es una gran virtud, porque el comer mucho es de cerdos. Aunque el comer con medida es de hombres de bien.

Yo sabía muy bien por qué lo decía: no tenía nada que comer.

Así que me senté a un lado del portal y saqué unos trozos de pan que me había guardado de los que me habían dado de limosna.

Al verlos, el escudero me dijo:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo me acerqué y le enseñé el pan.

Cogió el trozo más grande de los tres que yo tenía y me dijo:

—Por mi vida, que este pan tiene una pinta estupenda.

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde lo compraste? ¿Está amasado con manos limpias?



—Mozo, ponte aquí y verás cómo hacéase la rama, para que te sepas hacer de ahora en adelante.

—No lo sé, señor, pero a mí no me da asco.

Y él empezó a darle tan fieros bocados como yo en los trozos que me quedaban.

—Es un pan sabrosísimo —dijo mi pobre amo.

Y yo comí lo más deprisa que pude, porque vi que, si él acababa antes que yo, se comería el pan que me quedara.



Acabamos así los dos al mismo tiempo.

Mi amo empezó a sacudirse con las manos unas pocas miguitas de pan que le habían quedado en el pecho. Después fue a buscar un jarro, que no era muy nuevo, y me invitó a beber agua.



mozo,

Al verlos, el escudero me dijo:

—Ven acá, mozo; ¿dónde está el jarro?

Y él empezó a darme las miguitas de pan que me quedaban.

Cogió el jarro y me lo dio para beber agua.

—¿Te gusta el agua?

Y yo le dije que sí, porque me gustaba.

—¿Te gusta el pan?

## LA VIDA DE LÁZARO CON EL ESCUADERO

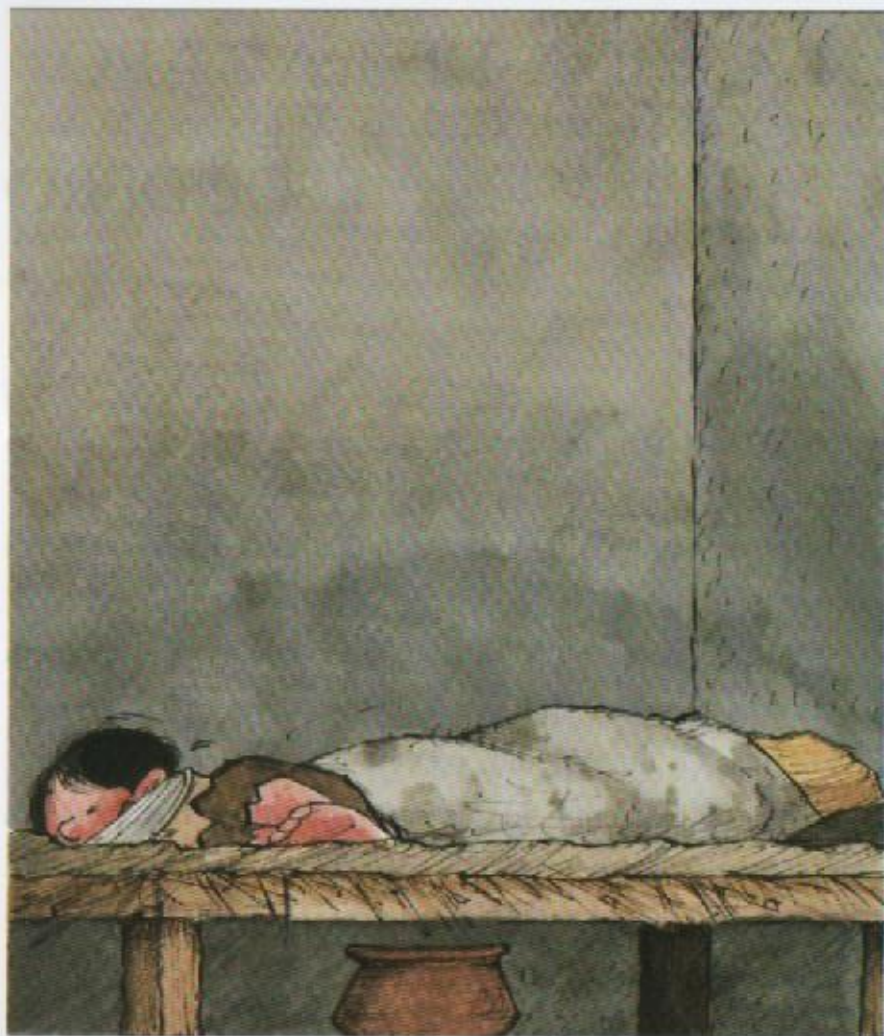
Así estuvimos hasta la noche, hablando de cosas que me preguntaba.

Luego entramos en la habitación de donde había sacado el jarro, y me dijo:

—Mozo, ponte aquí y verás cómo hacemos la cama, para que la sepas hacer de ahora en adelante.

Me puse en un extremo, y él en otro, e hicimos la cama. Claro que no había mucho que hacer, porque se trataba de un cañizo sobre unos bancos, con un colchón sucio y duro, sin apenas lana. Tenía un cobertor igual de sucio, de tal forma que no se podía saber de qué color era.

Hecha la cama, y de noche ya, mi amo me dijo:



—Lázaro, ya es tarde, y la plaza está muy lejos. En esta ciudad, de noche andan muchos ladrones. Pasemos como podamos, y mañana será otro día. Yo, al vivir solo, no tengo comida porque estos días he comido fuera de casa. A partir de ahora lo haremos de otra manera.

—Señor, no se preocupe por mí —le dije—, porque sé pasar una noche, y más si conviene, sin comer.

—Pues vivirás más y más sano —me respondió—, porque no hay mejor cosa para vivir mucho que comer poco.

Yo pensé al oírle: «Pues si es así, yo no me moriré nunca, porque siempre me hacen seguir esa regla.»

Y se acostó en la cama poniendo como almohada los vestidos.

A mí me mandó echar a sus pies. Sin embargo no pude dormir apenas porque las cañas se me clavaban en el cuerpo, que no tenía libra de carne. Y además, como ese día no había comido, rabiaba de hambre.

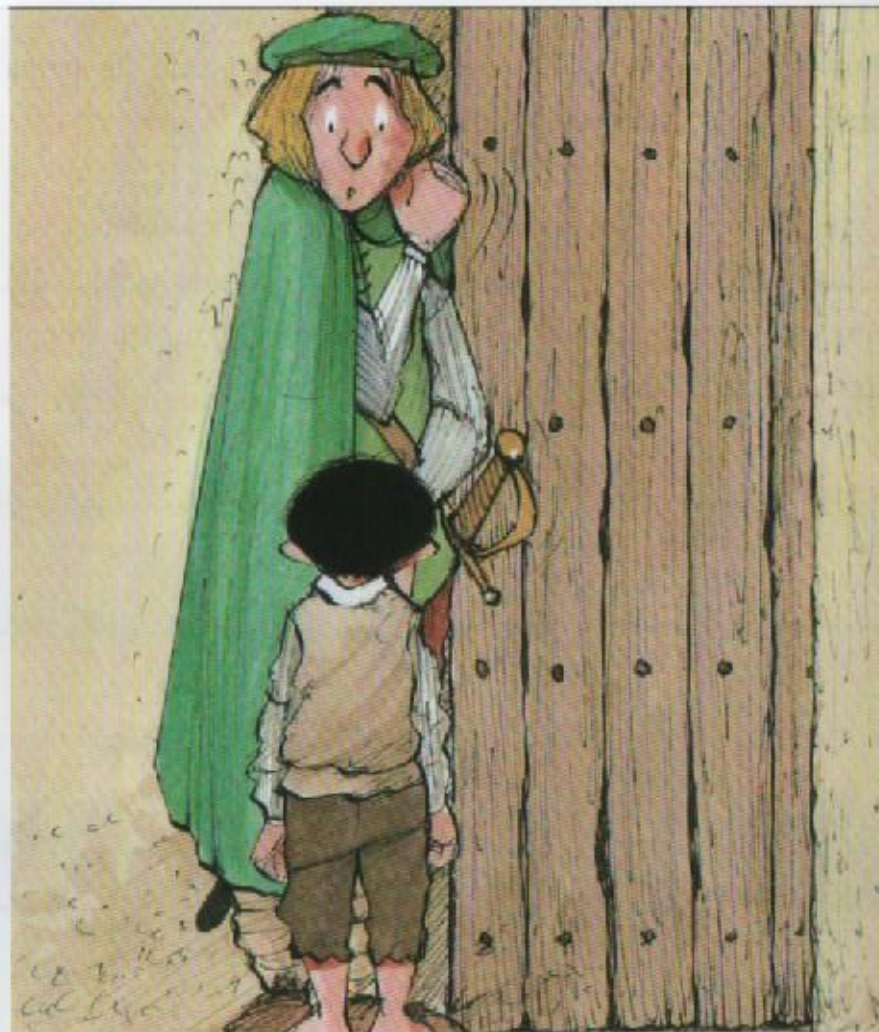
Nos levantamos al amanecer. Mi amo sacudió sus vestidos y luego yo le ayudé a vestirse.

Le eché agua en las manos, él se peinó, cogió su espada, su rosario, y con paso sosegado y el cuerpo recto, echando un extremo de la capa sobre el hombro y poniendo la mano derecha en la cintura, salió por la puerta, diciendo:

—Lázaro, cuida de la casa mientras voy a misa. Haz la cama y llena el jarro de agua en el río. Cierra la puerta con llave, no nos vayan a robar algo. Y ponla aquí, en la puerta, escondida, para que, si llego antes, pueda entrar.

Viéndole subir la calle con tan buena apariencia, me dije a mí mismo: «¿Quién no pensará al ver a mi amo andar tan contento que anoche cenó muy bien y durmió en buena cama y que ahora acaba de desayunar espléndidamente? ¿Quién podría imaginar que ayer se pasó todo el día sin comer más que un miserable trozo de pan que Lázaro había llevado un día entero escondido en su seno no precisamente limpio? ¿Y que hoy se secaba la cara y las manos con el vestido porque no tenía ni siquiera un paño para hacerlo? ¡Nadie podría sospecharlo!»

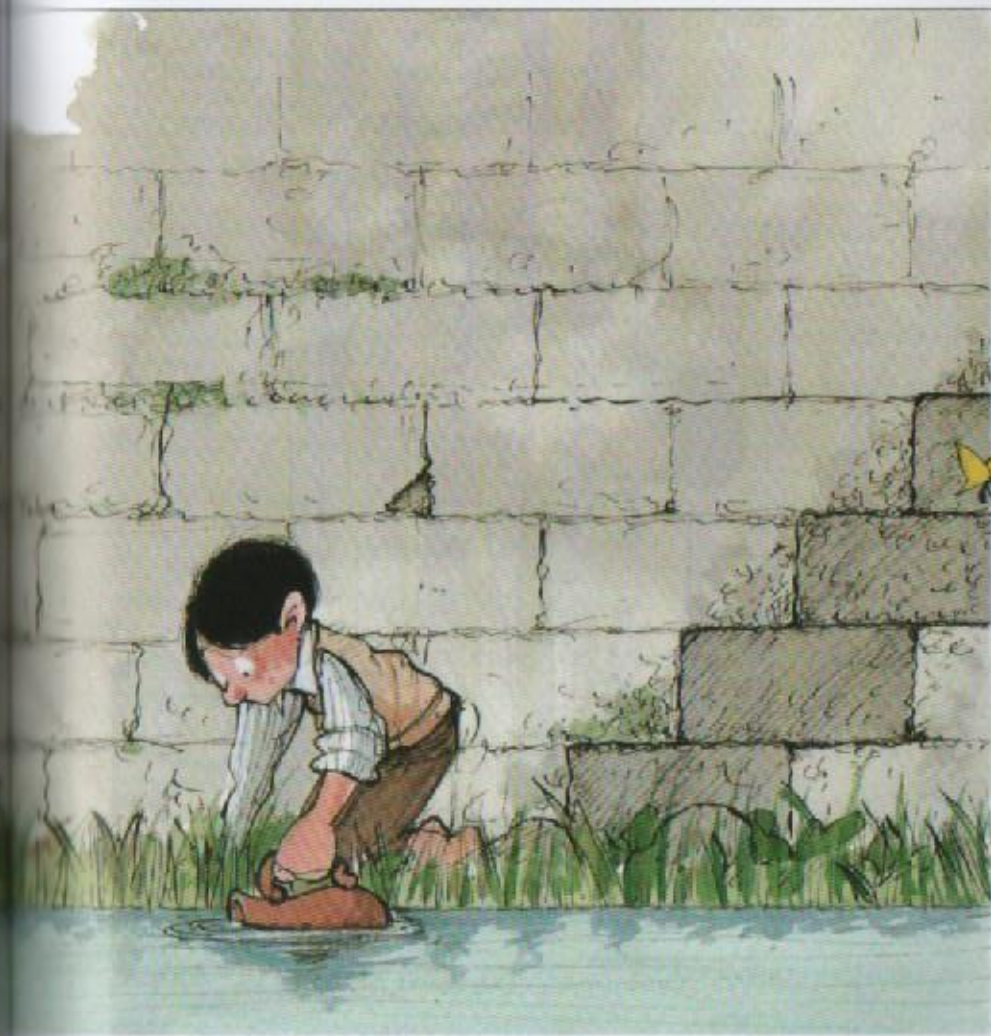
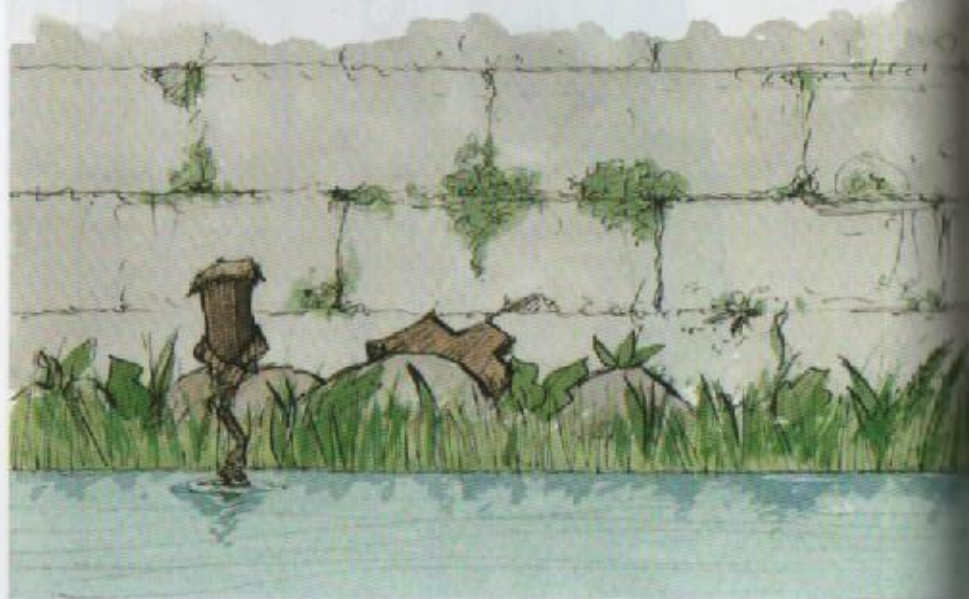
Me quedé en la puerta pensando esas cosas hasta que vi que mi amo daba la vuelta a la esquina de la larga y estrecha calle.

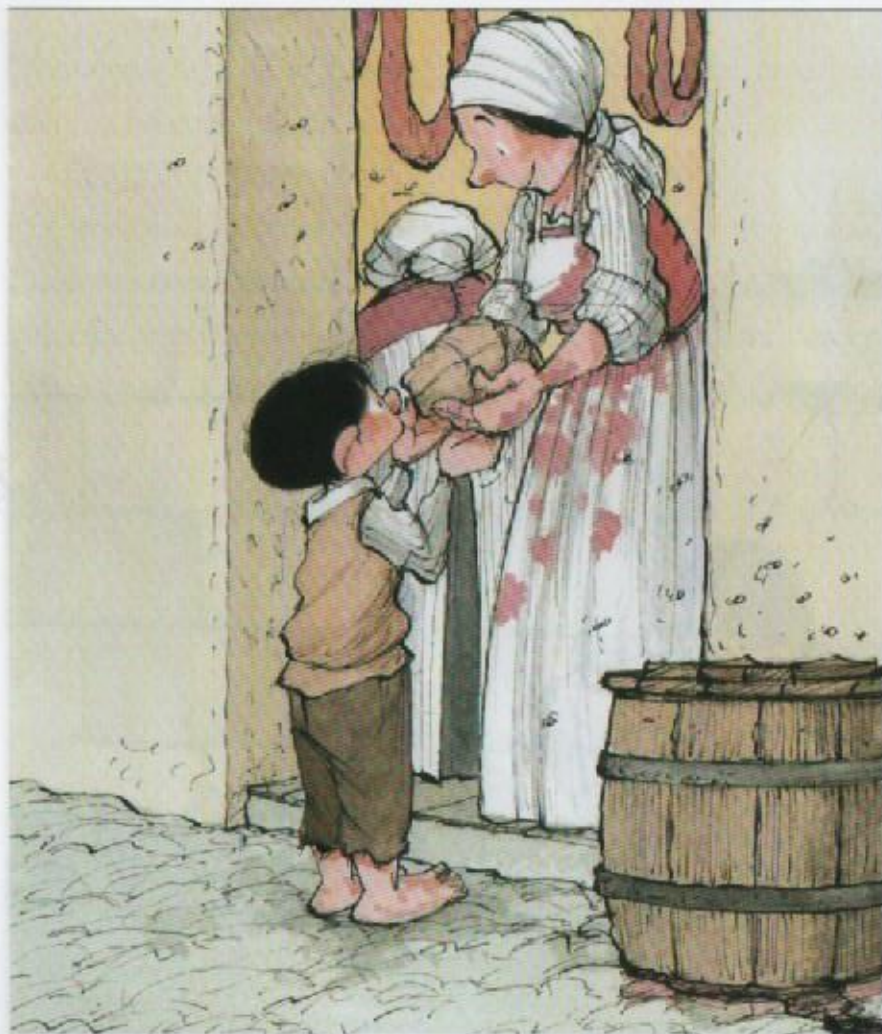


Entonces, entré de nuevo en casa y la recorri toda, de arriba abajo, y no encontré nada de nada.

Hice la dura cama, cogí el jarro y me fui al río.

Comí unos tronchos de berzas de una huerta y volví a casa. Quise ponerme a barrer, pero no encontré con qué hacerlo. Así que estuve esperando a mi amo por si traía algo para comer, pero esperé en vano.





Eran ya las dos, y mi amo no venía.

Como mi hambre era cada vez mayor, cerré la puerta y puse la llave donde me dijo.

Acto seguido me dediqué a pedir pan por las casas, con voz baja y enferma.

Y lo hice tan bien que, antes de que el reloj diese las cuatro, ya tenía otras tantas libras de pan en el estómago, y más de otras dos ocultas en las mangas y en el seno.

De regreso a casa, pasé por la tripería, y pedí limosna a las mujeres que allí vendían. Una mujer, compadecida de mí, me dio un pedazo de uña de vaca y unas pocas tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya estaba en ella el bueno de mi amo. Había doblado su capa, la había puesto encima del poyo de piedra y él se estaba paseando por el patio.

Creí que me iba a reñir por haber tardado tanto, así que me excusé:

—Señor, hasta que dieron las dos estuve aquí. Y como vi que no volvía, fui a pedir por las casas, y me han dado esto.

Y le enseñé el pan y las tripas.



Al verlo, se le animó la cara y me dijo:

—Pues yo te he esperado para comer, pero al ver que no venías, he comido sin ti. Tú has hecho muy bien, porque más vale pedir que no robar. Sólo te ruego que no le digas a la gente que eres mi criado, aunque la verdad es que aquí nadie me conoce. ¡No tenía que haber venido nunca a esta ciudad! Come, pues, come.

Y siguió murmurando:

—Desde que entré en esta casa, nada me ha ido bien. Hay casas con mala suerte y se le pega a los que viven en ellas. Yo te prometo que, cuando acabe el mes, nos iremos a otra casa; que ésta no la querré aunque me la regalen.

Me senté en un extremo del poyo y empecé a comer las tripas y el pan.

Mientras comía, lo miraba de reajo y veía cómo él no quitaba los ojos de los faldones de mi camisa, que era la mesa donde había puesto mi comida.

¡Me dio mucha lástima porque sabía lo que sentía! ¡Si algo conocía yo bien era el hambre!

Sin embargo, no sabía cómo hacer para invitarle porque, como había dicho que había comido, tal vez no se atrevería a aceptar mi invitación. Pero él abrió el camino para que yo pudiera hacerlo.

En uno de sus paseos, se acercó como disimulando a mí y me dijo:

—Lázaro, comes con tanta gracia que no he visto a nadie

hacerlo como tú. No hay nadie que, viéndote comer, no tenga ganas de hacerlo también.

Al ver que me lo ponía fácil, le dije:

—La buena comida hace al buen comedor. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca está tan bien cocida que no hay nadie que no quiera probarla.

—¿Uña de vaca es? —preguntó él.

—Sí, señor.

—¡Es la mejor comida del mundo! ¡Ni el faisán sabe mejor!

—Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Le di un trozo de uña y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Él se sentó a mi lado y empezó a devorar como un hambriento, royendo cada huesecillo mejor que lo haría un galgo.

—¡Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido nada!

Y yo dije entre mí: «¡Así ha sido!»

Para acabar, me pidió el jarro del agua.

Estaba tal como yo lo había traído del río, señal de que, si



conseguí comida y dinero rezando mientras que a mí me no había bebido, tampoco había comido.

Bebimos los dos y, muy contentos, nos fuimos a dormir como la noche anterior.

Así estuvimos ocho o diez días.

Por las mañanas, mi amo se iba a presumir por las calles, y yo iba a pedir limosna para que los dos pudiéramos comer.

Yo me daba cuenta de mi desastre: después de haber escapado de dos amos que me mataban de hambre, había encontrado a uno que no sólo no me mantenía, sino al que yo tenía que mantener.

Pero, a pesar de todo, le quería y me daba lástima, porque si nada me daba, era porque nada tenía.

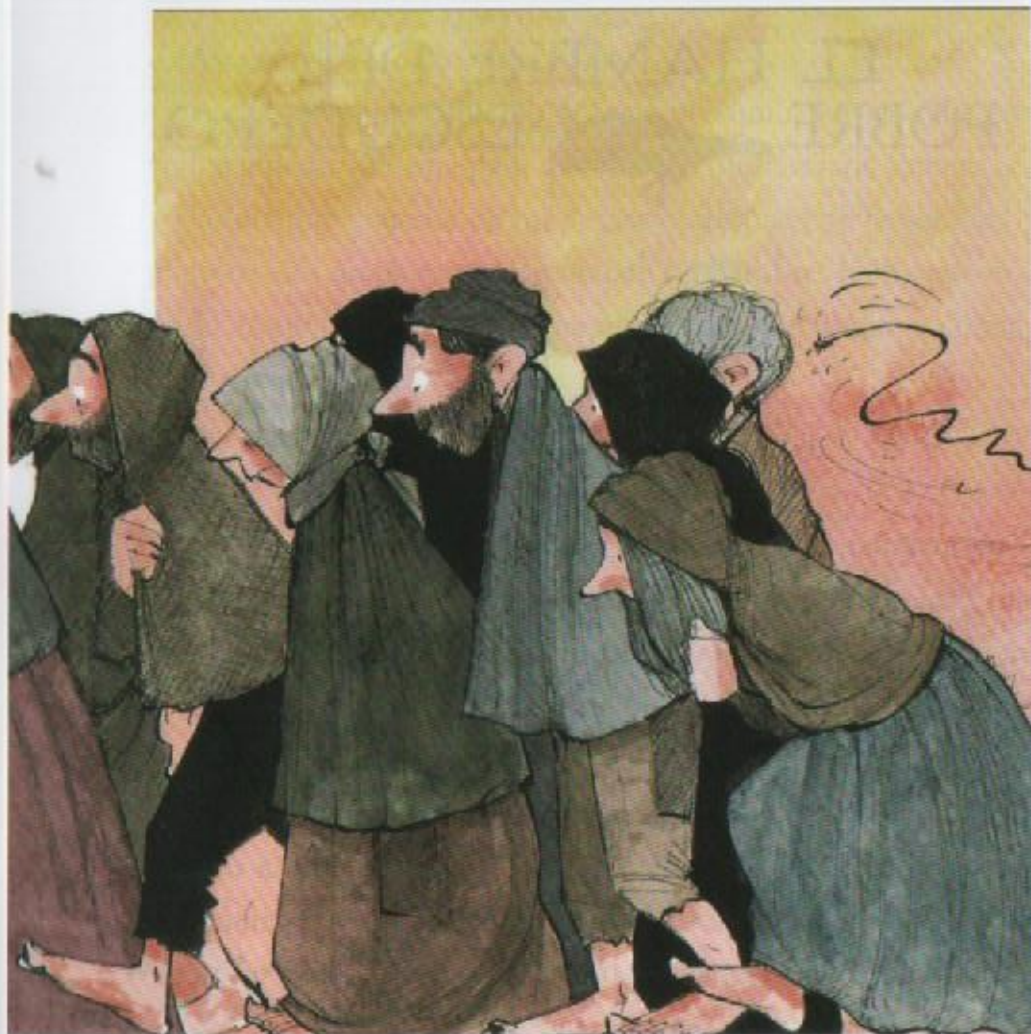
## EL HAMBRE DEL POBRE ESCUDERO



Una mañana, al levantarse el escudero en camisa, para hacer sus necesidades, fui a registrar los vestidos que le servían de almohada y encontré una bolsita de terciopelo sin moneda alguna ni señal de que la hubiera tenido.

Al ver esto, pensé: «Éste es pobre, y nadie da lo que no tiene. Sin embargo, el ciego avariento y el mezquino clérigo, que conseguían comida y dinero rezando mientras que a mí me mataban de hambre, ¡esos sí que eran malvados! Este amo mío es un vanidoso. Le gusta aparentar que tiene algo y no tiene nada, pero no es mala persona...»





Pues pasando así la vida, quiso mi mala fortuna que, como ese año la cosecha de trigo fue muy mala y había mucha hambre, el Ayuntamiento ordenó que se marcharan todos los pobres que no fuesen de la ciudad. Si no lo hacían, los azotarían.

Efectivamente, a los cuatro días de que se pregonara la orden, vi una procesión de pobres a los que iban azotando por las Cuatro Calles. Me dio tanto miedo que ya no me atreví a pedir más.

¡Habría que ver el hambre, la tristeza y el silencio de mi casa! ¡Tanto que nos pasamos dos o tres días sin comer bocado ni hablar palabra!

Por suerte unas vecinas, que se dedicaban a hacer gorros de algodón, me daban alguna cosilla, con lo que iba tirando.

Sin embargo, más pena que yo daba mi pobre amo, que en ocho días no comió bocado alguno.

Al menos, en casa nunca le vi comer. No sé adónde iría ni si por ahí comería algo. Pero al mediodía paseaba calle abajo, el cuerpo estirado, más largo que un galgo. Y para que creyera la

...salía a la puerta escarbándose con  
una paja los dientes



Ve a la plaza  
y siempre está

gente que sí había comido, salía a la puerta escarbándose con una paja los dientes, que nada tenían.

Sólo ante mí se confesaba y seguía quejándose de la desventura de la casa:

—Esta casa tiene la culpa de nuestra desdicha. Como ves, es triste y oscura. Ya tengo ganas de que se acabe el mes para irnos de ella.



## LA CASA TRISTE Y OSCURA, Y EL MUERTO

Estando así, un día, no sé cómo, cayó en manos de mi pobre amo un real. Llegó con él a casa tan contento como si hubiera encontrado el tesoro de Venecia y me lo dio muy alegre diciéndome:

—Toma, Lázaro, que Dios nos empieza a ayudar. Ve a la plaza y compra pan, vino y carne. Y para que estés contento, te diré que he alquilado otra casa y que sólo vamos a estar en esta hasta final de mes. ¡Maldita sea esta casa y quien puso la primera teja! Desde que vivo en ella, no he probado gota de vino ni he comido bocado de carne, ¡tan triste, oscura y tenebrosa es! Vete y vuelve rápido, y comamos hoy como condes.



Cogí yo el real y el jarro, y eché a correr calle arriba, camino de la plaza, muy contento y alegre. ¡Pero nunca me llega una alegría sin que le siga un susto! Y así fue, porque subiendo la calle, pensando qué compraría con el real para conseguir más cosas, de pronto vi venir hacia mí la caja de un muerto que llevaban clérigos y otra gente.



Me arrimé a la pared para que pudieran pasar. Detrás venía una mujer, vestida de negro, que debía de ser la viuda, con otras muchas mujeres. Iba llorando y diciendo a grandes voces:

—Marido mío, ¿adónde te me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa oscura y tenebrosa, a la casa donde nunca comen ni beben!

Al oír aquello, me pareció que se juntaba el cielo con la tierra, y me dije: «¡Desdichado de mí! ¡Que llevan el muerto a nuestra casa!»

Dejé el camino que llevaba, pasé por medio de la gente y empecé a correr lo más deprisa que pude calle abajo, hacia casa.

Cuando entré en ella, cerré enseguida la puerta y llamé a mi amo. Entonces, me abracé a él y le pedí que me ayudase y no dejase entrar a nadie.

Al verme tan asustado, pensó que era otra cosa y me dijo:

—¿Qué es eso, mozo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué cierras la puerta con tanta furia?

—¡Señor! —le dije—. ¡Que nos traen acá un muerto!

—¿Y cómo es eso? —respondió él.



—Acabo de encontrarlo, y su mujer venía diciendo: «Marido mío, ¿adónde te llevan? ¡A la casa oscura y tenebrosa, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!» Acá es, señor, acá nos lo traen.

Cuando mi amo me oyó, empezó a reírse con tantas ganas que estuvo un buen rato sin poder hablar.

Mientras tanto, yo había echado la aldaba a la puerta y apoyaba en ella el hombro para hacer más fuerza.

El cortejo con el muerto pasó de largo, pero todavía tenía yo miedo de que lo metieran en casa.



Cuando el bueno de mi amo se hartó de reír más que de comer, me dijo:

—Acertado estabas, Lázaro, al pensar lo que pensaste, según lo que dijo la viuda. Pero ya que han pasado adelante, abre, abre y ve a por comida.

—Déjalos, señor, que acaben de pasar la calle —le rogué yo.

Mi amo, al fin, abrió la puerta y, tranquilizándome, me dijo que fuera a la plaza.

Y aunque ese día comimos bien, maldito el gusto que yo tomaba en ello, ¡ni en tres días me recobré del susto!

Por el contrario, mi amo se reía siempre que se acordaba de lo que hice y dije.

## EL ESCUDERO LE CUENTA SU VIDA

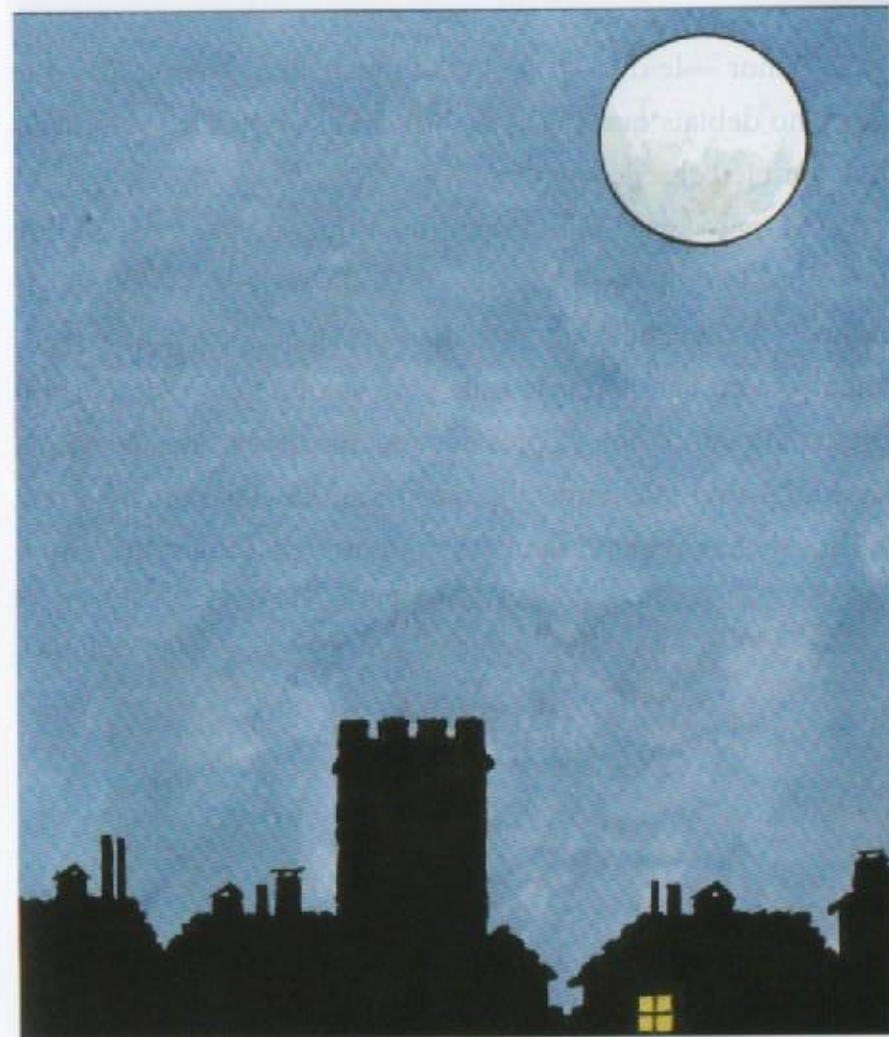


De esta manera estuve algunos días más con este mi pobre tercer amo, el escudero.

Tenía yo curiosidad por saber por qué había ido a Toledo, pues desde el primer día me di cuenta de que no era de la ciudad, ya que no conocía a nadie.

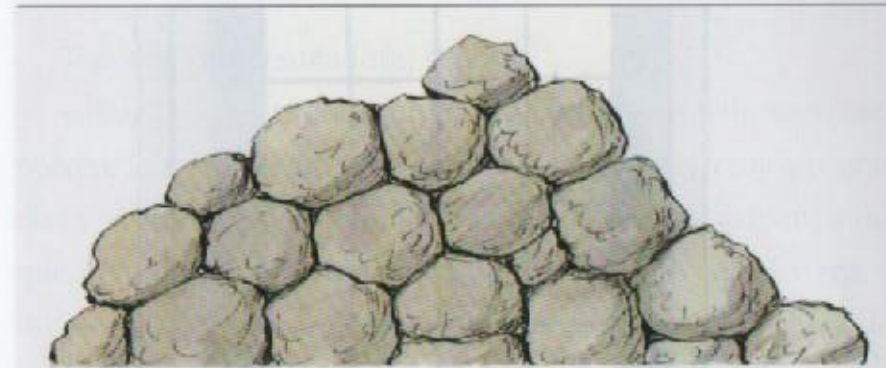
Un día que habíamos comido pasablemente y estaba él algo contento, me habló de su vida.

Me dijo que era de Castilla la Vieja y que se había ido de su tierra sólo por no quitarse el sombrero al encontrarse con un caballero, vecino suyo.



—Señor —le dije—, si él era un caballero y tenía más que vos, ¿no debíais quitaros vos primero el sombrero? ¿No decís que también él se lo quitaba?

—Sí, pero no hubiera estado mal que, por una vez al menos, él se lo quitara antes que yo. Tú no entiendes de cosas de honra... Debes saber que yo soy un escudero, pero que si encuentro a un conde por la calle y no se quita del todo el sombrero para saludarme, la próxima vez que le vea, entraré en una casa fingiendo que tengo algo que hacer en ella o me iré a otra calle, si la hay, para no saludarle quitándome yo el sombrero.



Y continuó dándome sus razones:

—Además, no soy tan pobre que no tenga en mi tierra, a unos noventa kilómetros de donde nací, en la Costanilla de Valladolid, un solar de casas que, si estuvieran en pie, valdrían más de doscientos mil maravedís. Y tengo un palomar que, si no estuviera derribado, me daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que callo. El caso es que vine aquí pensando que encontraría a un buen señor a quien servir, pero no quiero tener un señor de media talla, porque pagan poco y mal, y a veces sólo dan lo comido por lo servido, o te regalan una capa o un vestido viejo. ¿Acaso no sabría yo servir a un gran señor?





Tras una pausa soñadora, siguió:

—Por Dios, si topase con él, le serviría maravillosamente, porque le mentiría tan bien como cualquiera, le reiría sus gracias y siempre le diría que todo lo que hacía estaba bien, aunque no lo estuviese. Haría muy deprisa todo lo que él viera, y muy despacio lo que no me viese hacer. Reñiría a la gente de servicio cuando él me oyera para que creyera que cuidaba con esmero de todas sus cosas. Le hablaría bien de lo que le gustara, y le pondría a mal con la otra gente de casa para que sólo confiase en mí. Me enteraría de los chismes para contárselos... En fin, haría todas esas cosas que hoy se hacen en palacio y les gustan tanto a los grandes señores. Porque éstos no quieren ver en su casa a hombres buenos que les digan la verdad. A éstos los aborrecen, los desprecian y los llaman necios.

Y acabó lamentándose:

—¡Pero mi mala ventura no quiere que encuentre un gran señor a quien servir!

...el tapace con el,  
le serviría maravillosamente

---

## VISITAS INESPERADAS Y LA DESAPARICIÓN DEL ESCUDERO

Estando en esto, entraron por la puerta un hombre y una anciana. El hombre le pidió a mi amo el alquiler de la casa, y la vieja, el de la cama. Tras hacer cuentas, resultó que la suma subía lo que él nunca tuvo: doce o trece reales.

Mi amo, sin inmutarse, les dijo que iba a la plaza a buscar cambio y les pidió que volviesen por la tarde. Pero su salida fue sin vuelta.

A la tarde el hombre y la anciana regresaron, pero ya era tarde. Yo les dije que aún no había venido mi amo.

*...entraron por la puerta  
un hombre y una anciana*

119



Llegó la noche, y a mí me dio miedo quedarme en aquella casa solo, así que fui a casa de las vecinas.

Les conté lo que pasaba y me dejaron dormir allí.

Por la mañana, volvieron por tercera vez el hombre y la vieja.

Las vecinas les dijeron:

—Aquí están su mozo y la llave de la puerta.

Así que me preguntaron dónde estaba el escudero, y yo les confesé que no lo sabía, que no había vuelto a casa desde que salió a buscar cambio, y que me parecía que debía de haberse ido.

Cuando oyeron esto, se fueron a buscar a un alguacil y un escribano. Con ellos y con otras personas que les sirvieran de testigos, abrieron la puerta de la casa y entraron dispuestos a embargar lo que tuviera mi amo y así cobrar su deuda.

Recorrieron toda la casa y la encontraron vacía, como antes he contado. Así que me preguntaron a mí:

—¿Dónde están las cosas de tu amo, las arcas, los muebles, todo lo de la casa?

—Yo no sé nada —respondí.

—Seguro que esta noche ha venido y se lo ha llevado a alguna parte.

Y le dicen al alguacil:

*...y con otras personas  
que les sirvieran de testigos*



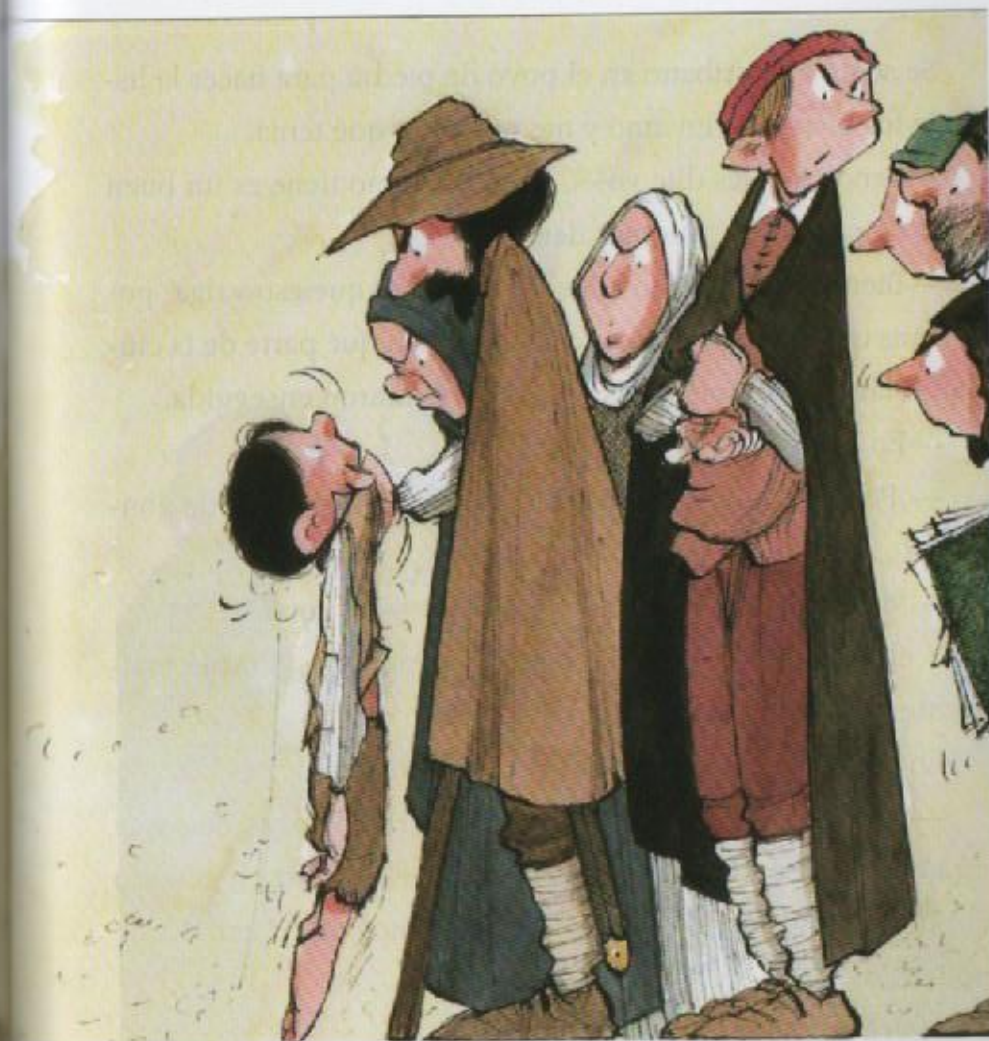
—Señor alguacil, prenda a este mozo, que él debe de saberlo todo.

El alguacil, que seguramente pensaba lo mismo, me cogió por el cuello del vestido diciéndome:

—Muchacho, si no nos dices dónde están las cosas de tu amo, te llevo a la cárcel.

Yo, muerto de miedo, empecé a llorar y les dije que contaría a todo lo que me preguntaran.

—Bien está. Pues di todo lo que sabes y no tengas miedo.



Se sentó el escribano en el poyo de piedra para hacer la lista de los bienes de mi amo y me preguntó qué tenía.

—Señores —les dije yo—, lo que mi amo tiene es un buen solar de casas y un palomar derribado.

—Bien está —dijeron ellos—. Por poco que eso valga, podremos cobrar todo lo que nos debe. ¿Y en qué parte de la ciudad están esas propiedades? —me preguntaron enseguida.

—En su tierra —les respondí.

—¡Por Dios, que el negocio nos va a salir bueno! ¿Y de dónde es?

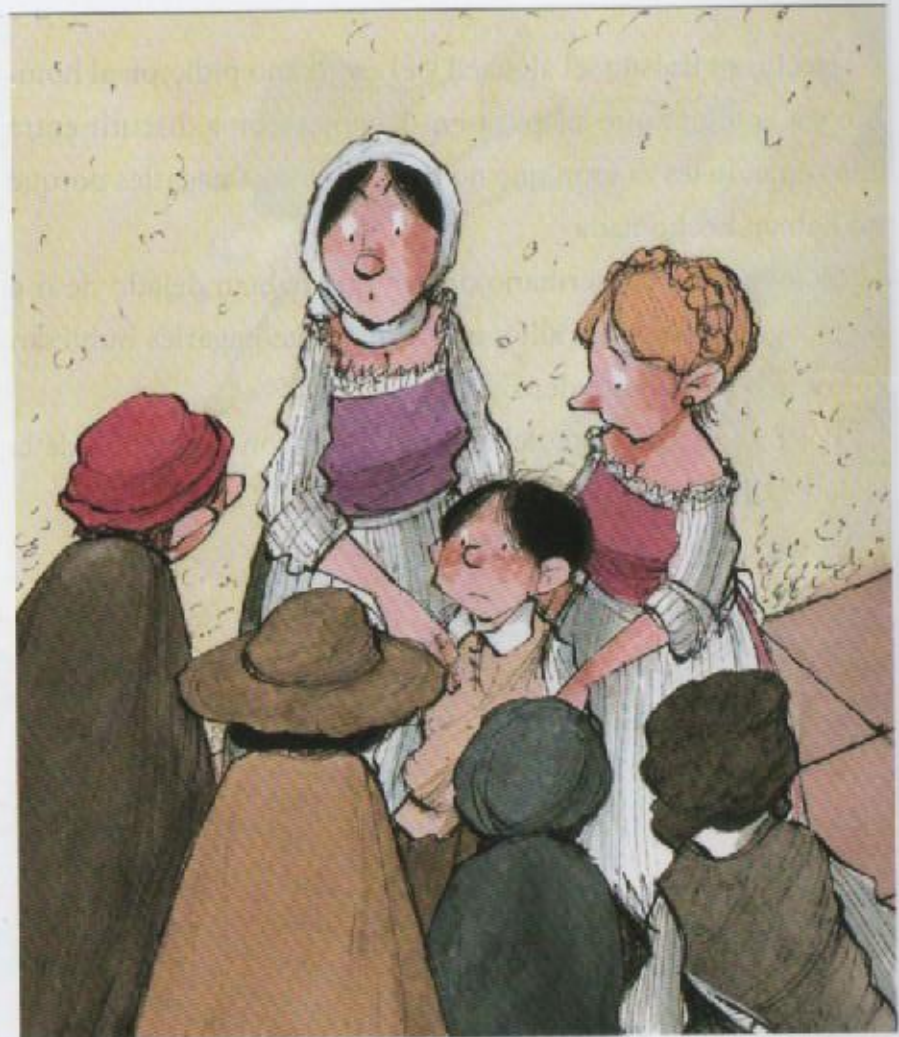
—Me dijo que era de Castilla la Vieja —les contesté.

Y el alguacil y el escribano se rieron mucho, porque realmente eso era como no decir nada.

Entonces las vecinas salieron en mi defensa:

—Señores, éste es un niño inocente. Hace pocos días que está con ese escudero y no sabe nada de él. De vez en cuando el pobrecito viene a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos.

Al ver mi inocencia, me soltaron.



Hecho su trabajo, el alguacil y el escribano pidieron al hombre y a la mujer que les pagasen. Y empezaron a discutir entre ellos cuando les dijeron que no tenían por qué pagarles porque no habían hecho nada.

El alguacil y el escribano decían que habían dejado de ir a otro negocio por estar allí y que tenían que pagarles hubiesen cobrado o no del escudero.

Por fin, un ayudante del alguacil cargó con el colchón de la vieja y se fueron los cinco dando voces.

No sé en qué acabaría todo...





Así me dejó mi tercero y pobre amo.

Y me di cuenta de mi mala suerte, porque a mí me pasaba al revés que a todos. Los amos suelen despedir a los mozos, los amos se quedan y los mozos se van: ¡y a mí me había dejado el mío!

Las buenas vecinas me llevaron entonces a que sirviera a un fraile de la Merced, al que le gustaba andar siempre por las calles.

Éste me dio mis primeros zapatos, pero no me duraron ni ocho días porque siempre estábamos trotando.

Y por eso y por otras cosillas que no digo, lo dejé.

EL QUINTO AMO  
DE UN LÁZARO:  
UN BULDERO

Mi quinto amo fue un buldero, es decir, que vendía bulas, que son los documentos que el Papa da para perdonar las penas de los pecados o quitar a los cristianos algunas obligaciones, como la de ayunar.

El buldero era un hombre desenvuelto y desvergonzado. Para vender las bulas del Papa, inventaba embustes muy ingeniosos.

*Como una lechuga  
murciana*

181



Al entrar en los pueblos en donde iba a venderlas, primero les daba a los curas algunas cosillas de poco valor.

Como una lechuga murciana, si era el tiempo.

O un par de naranjas o limas.

Un melocotón o algunas peras.





Así tenía al cura del pueblo a su favor, y éste llamaba a los fieles a la iglesia para que compraran la bula.

A veces la gente se resistía a hacerlo, y entonces él inventaba cosas. Como sería muy largo contarlas todas, sólo le contaré a usted una invención que se le ocurrió un día.

Sucedió en una aldea de la Sagra de Toledo. El caso es que había predicado dos o tres días sin éxito: no había conseguido que nadie comprara la bula, ni tenían intención de hacerlo.

Finalmente, mi amo anunció al pueblo que al día siguiente haría su último sermón, como una última oportunidad para que compraran la bula...

## LA PELEA CON EL ALGUACIL

Esa noche, después de cenar, mi amo se puso a jugar con el alguacil. Por cosas del juego, acabaron peleándose e insultándose. Mi amo llamó al alguacil ladrón, y el alguacil le llamó a él embustero. Entonces mi amo cogió un lanzón que había en el portal de la posada donde estaban, y el alguacil echó mano a su espada.



...se pusieron en medio  
de los dos para evitar la pelea



Al ruido y las voces, llegaron los mesoneros y los vecinos, y se pusieron en medio de los dos para evitar la pelea. Ellos, furiosos, intentaron quitar a la gente de en medio para matarse, pero al ver que no podían usar las armas, no dejaban de insultarse. Y entre las muchas cosas que le dijo el alguacil a mi amo

...se pusieron en medio  
de los dos para evitar la pelea



fue que era un mentiroso y que las bulas que vendía eran falsas. Los del pueblo, al ver que no podían poner paz entre ellos, se llevaron al alguacil a otra parte. Mi amo se quedó muy enfadado. Los mesoneros intentaron calmarle y le dijeron que se fuera a dormir. Y así nos fuimos todos a descansar.

## EL FALSO MILAGRO



A la mañana siguiente, mi amo se fue a la iglesia y mandó que las campanas llamaran a los fieles a misa y al sermón para despedir la bula.

El pueblo entero fue a la iglesia, pero todos murmuraban que las bulas eran falsas y que el mismo alguacil, con la pelea, lo había descubierto.

Vamos, que si antes no tenían ganas de comprarla, ahora mucho menos.



Mi amo, el buldero, se subió al púlpito y empezó el sermón. Cuando estaba diciendo a la gente que comprasen la bula, que les serían perdonadas las penas de muchos pecados, entró por la puerta el alguacil. Se arrodilló primero, rezó un rato y luego, levantándose, con voz alta y pausada, empezó a decir:

—Buena gente, escuchadme un momento y luego oiréis a quien queráis. Yo me había aliado con este buldero que os predica. Él me engañó y me dijo que le ayudara en su negocio y que luego nos repartiríamos la ganancia. Sin embargo, ahora, al ver el daño que me haría a mí mismo y os haría a vosotros al estafaros, arrepentido, declaro claramente que las bulas que vende son falsas. Yo no quiero tener nada que ver con él ni con ellas. Y si llega a ser castigado por su engaño, quiero que seáis testigos de que yo no estoy con él ni le ayudo, sino que os declaro su maldad.

Y quedó en silencio. Algunos hombres quisieron echar de la iglesia al alguacil, pero mi amo mandó que no lo hicieran y que le dejaran decir lo que quisiera.

Él mismo le preguntó al alguacil si quería añadir algo más.

Y éste le dijo:

—Muchas más cosas podría decir de tu falsedad, pero por ahora basta.



Entonces el buldero se puso de rodillas en el púlpito con las manos juntas para rezar y, mirando al cielo, dijo:

—Señor Dios, a quien nada se esconde y para quien nada es imposible, Tú sabes la verdad y cómo este hombre ha mentido insultándome. Yo lo perdono para que Tú, Señor, lo perdones. Pero como por su culpa algunos de los que aquí están no querrán coger la bula, y eso es mucho daño para ellos, Señor, haz ahora un milagro. Si es verdad lo que éste dice, que yo soy malo y falso, haz que se hunda este púlpito conmigo, de tal forma que desaparezcamos bajo tierra. Y si es verdad lo que yo digo y él es el que, convencido por el demonio, dice maldad, que sea castigado y su malicia conocida por todos.



Apenas había acabado su oración mi devoto señor, cuando el alguacil cayó al suelo. Se dio tan gran golpe que resonó en toda la iglesia. Y comenzó a bramar y a echar espuma por la boca, y a hacer gestos horribles y a retorcerse por el suelo.

El estruendo y las voces de la gente eran tan grandes que no se oían unos a otros. Todo el mundo se quedó espantado. Algunos, a pesar de su miedo, se le acercaron e intentaron cogerle las manos y las piernas. Pero el alguacil, fuera de sí, les daba patadas y puñetazos. Tuvieron que acudir más de quince hombres para mantenerlo quieto.

Mientras tanto, mi amo estaba de rodillas en el púlpito, mirando devotamente al cielo, sin que los gritos le distrajeran ni le impidieran seguir rezando.

Aquellos hombres se acercaron a él y le rogaron que ayudara por favor al alguacil, porque se estaba muriendo. Que lo perdonara y que pidiera a Dios que no le castigara más. Que ellos ya habían visto quién decía verdad y quién mentía.

Él, como si despertara de un dulce sueño, los miró y miró al pecador del alguacil.

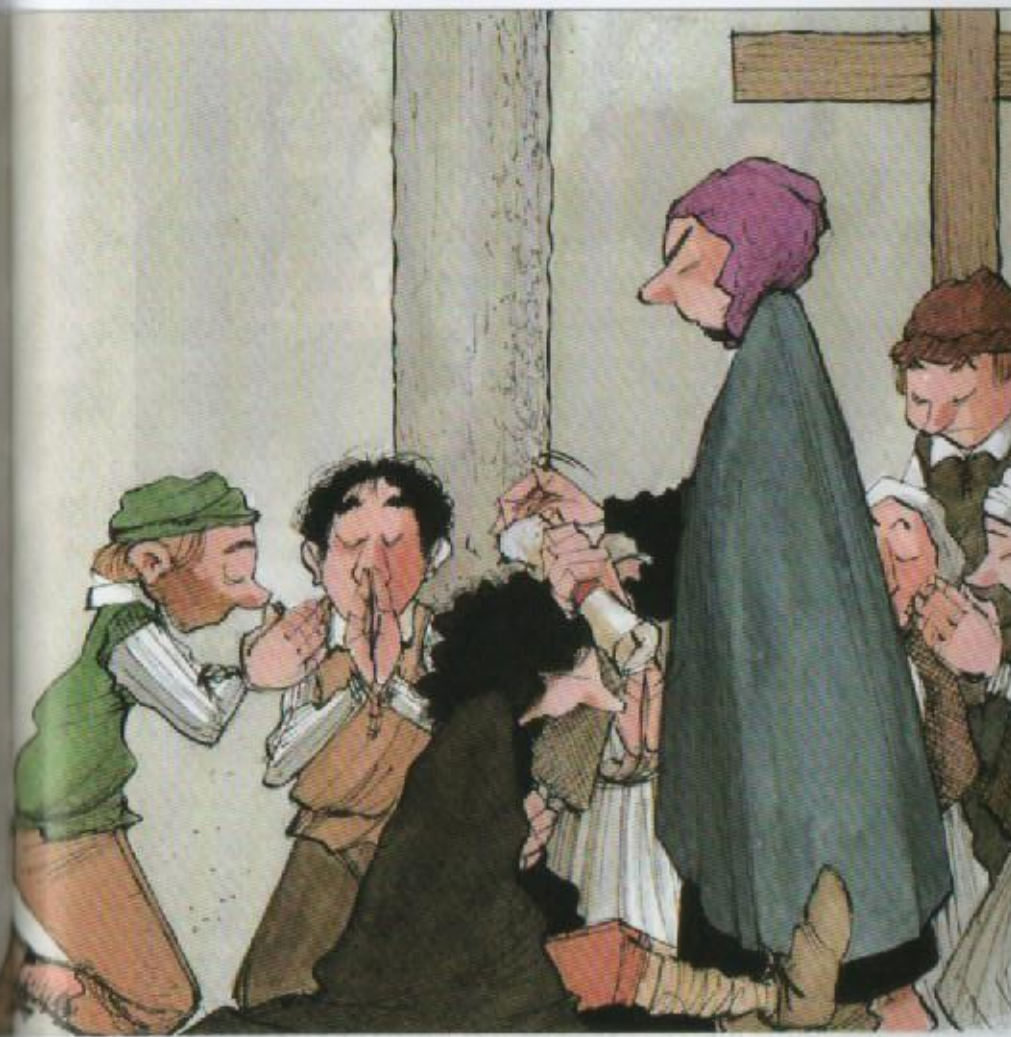
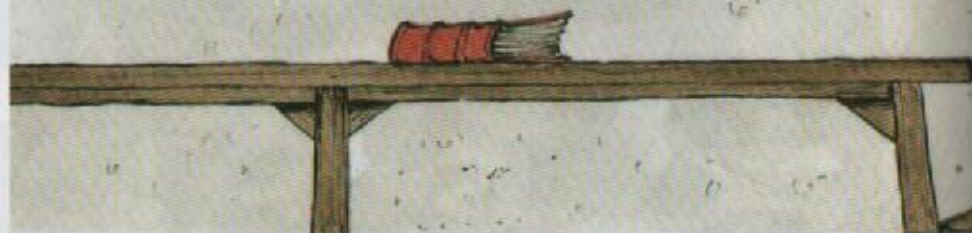
Entonces, muy pausadamente, les dijo:  
—Como Dios manda que perdonemos las calumnias, podemos pedirle que perdone a éste que le ofendió y que impidió que tomarais la santa bula. Vamos todos a suplicárselo.



Y bajó del púlpito y pidió que todos rezaran y rogaran a Dios que perdonara a aquel pecador y que sacara de su cuerpo al demonio que había entrado en él.

Todos se pusieron de rodillas y empezaron a rezar. Y mi amo, juntas las manos hacia el cielo, rogó a Dios que perdonara al alguacil y le devolviera la salud para que pudiera arrepentirse de sus pecados.

Le puso entonces la bula sobre la cabeza, y al momento el alguacil comenzó poco a poco a mejorar y a volver en sí.







Y cuando estuvo totalmente recuperado, el alguacil se echó a los pies de mi amo y le pidió perdón. Confesó que había sido el demonio quien le había obligado a decir que era un embustero, porque no quería que la gente comprara la bula, que le era tan perjudicial a él.

El buldero le perdonó, y los dos se abrazaron.

Entonces todo el mundo compró la bula.

Además, como corrió la voz de lo sucedido a los pueblos vecinos, cuando llegábamos a ellos, no teníamos que predicar la bula porque todos iban a la posada a comprarla.

Confieso que, cuando vi lo que había pasado en la iglesia con el alguacil, me lo creí todo, como la gente.

Sin embargo, luego vi cómo se reían mi amo y el alguacil, y cómo se repartían el dinero. Así me di cuenta de que todo había sido una burla. Todo era una farsa.



De esta forma vi el ingenio que empleaba mi amo para ganar dinero, y pensé: «¡Cuántos embusteros debe de haber que engañan a esa pobre gente!»

Estuve con este amo cerca de cuatro meses, pero no lo pasé nada bien.

## LÁZARO VENDE AGUA Y PASA PELIGROS

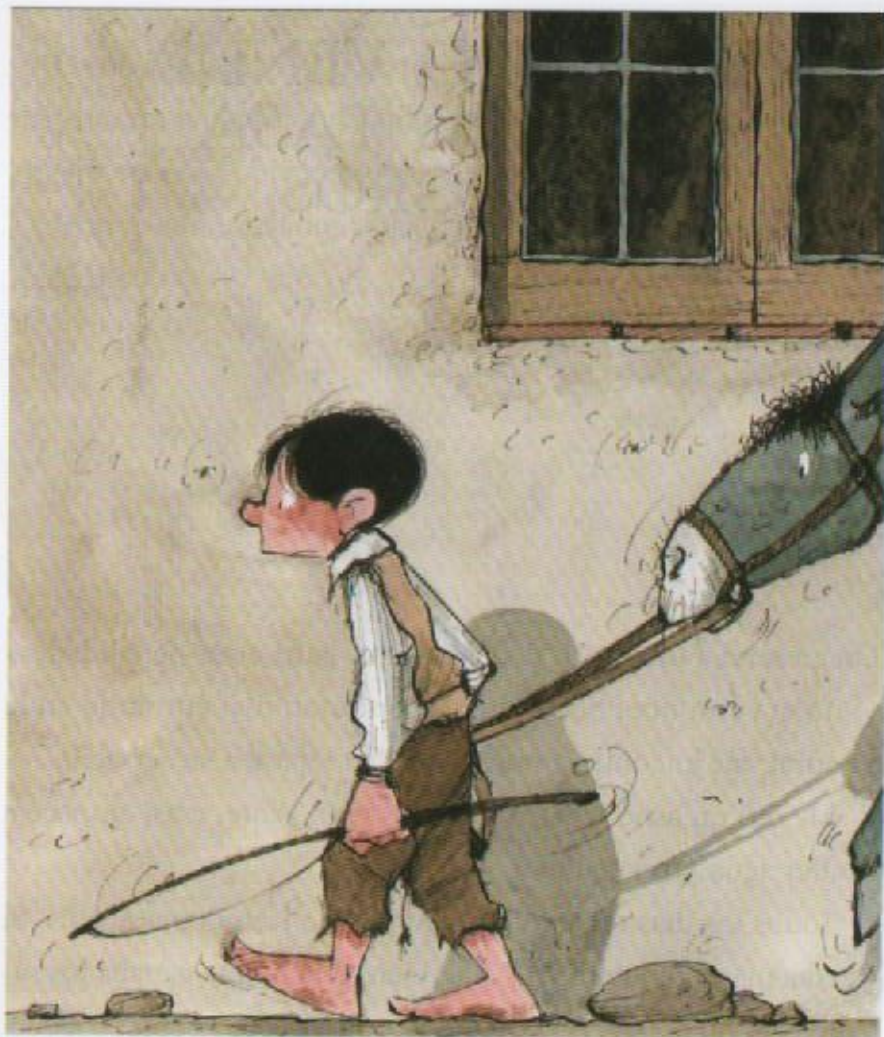


Luego serví a un pintor de panderos y sufrí otras penalidades.

Ya era entonces buen mozo cuando un día, entrando en la catedral, me encontré con un capellán y pasé a su servicio.

Me dio un asno, cuatro cántaros y un azote, y así empecé a vender agua por la ciudad.

Todos los días tenía que dar a mi amo treinta maravedís. Si ganaba más, eran para mí. Y también todo lo que ganaba los sábados era mío.



De esta forma, al cabo de cuatro años, pude comprarme unos vestidos de hombre de bien; los compré viejos porque así parecía que los tenía hacia tiempo.

Cuando me vi bien vestido, le dije a mi amo que no quería trabajar más en ese oficio y le devolví el asno.





Más tarde pasé a servir a un alguacil, pero me quedé con él muy poco tiempo porque el suyo era un oficio muy peligroso.

Una noche nos persiguieron unos maleantes tirándonos piedras. A mi amo, que les hizo frente, le hirieron. A mí no me hicieron daño, porque no me alcanzaron. Pero decidí que no me iba a arriesgar más y me fui.

## LÁZARO DE TORMES, SU MUJER Y EL ARCIPRESTE DE SAN SALVADOR

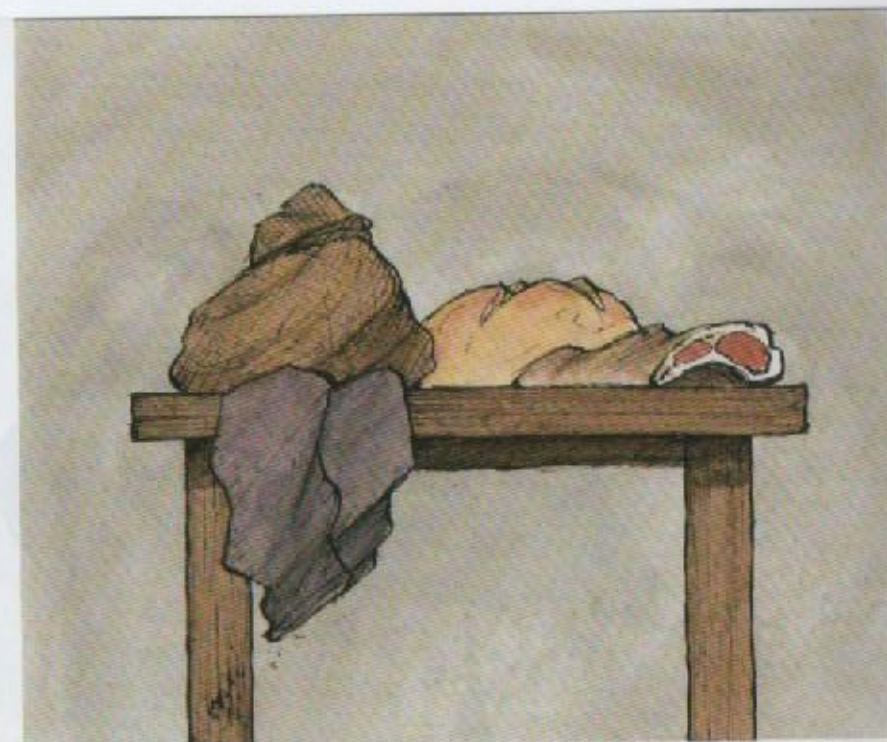
Y pensando en qué podría trabajar para vivir mejor y ganar algo para cuando fuera viejo, Dios y mis amigos me ayudaron, y pude conseguir un buen puesto de trabajo: pregonero de Toledo. Y en este oficio sigo hoy, para servir a Dios y a usted.

Anuncio los vinos que se venden en la ciudad, las cosas que se pierden, las que se venden, los castigos que se dan a los delincuentes... Y me va muy bien, porque tengo fama de ser muy hábil. Por eso todos me piden que les pregone lo que quieren vender.



En ese tiempo, el arcipreste de San Salvador, servidor y amigo suyo, como vio lo bien que vendía sus vinos y sabiendo lo buena persona que yo era, me propuso casarme con su criada. Y viendo que del arcipreste sólo me podrían venir cosas buenas, decidí hacerlo.

Y así me casé con ella. Y sepa usted que estoy muy contento de haberlo hecho, porque es una buena mujer y mi señor el arcipreste siempre nos está dando cosas.



Nos da trigo.  
Me regala las calzas viejas que deja.  
Y cuando llega la Pascua, nos da cordero. Y también pan.  
Nos hizo alquilar una casita al lado de la suya. Y los domingos y fiestas casi siempre comemos en su casa.

*Y empezaron  
a murmurar*



*Y así quedaron los tres  
en paz y contentos*

Sin embargo, la gente habla mucho y mal. Y empezaron a murmurar de mi mujer y el arcipreste, porque ella le arregla la casa y le hace la comida.





Un día, mi señor me dijo delante de ella:

—Lázaro de Tormes, nunca escuches las malas lenguas. No me extrañaría que te hablaran mal de tu mujer porque entra en mi casa. No debes hacer caso de lo que dicen, sino mirar lo que te conviene.

—Señor —le dije—, yo determiné arrimarme a los buenos. Es cierto que algunos de mis amigos me han dicho algo de esto, e incluso me han dicho cosas peores de ella...



Y sepa, señora, que esas cosas que me dijeron no las repito ahora por respeto a usted.

Entonces mi mujer empezó a gritar y a llorar. Y luego comenzó a maldecir al que la había casado conmigo, de tal manera que me arrepentí muchísimo de lo que dije.

Tanto el arcipreste como yo intentamos calmarla, y le juré que nunca más diría nada de ella, y que podía entrar y salir de la casa del arcipreste porque yo estaba seguro de su bondad.





—Lirano de Tormes, nunca escuché a nadie que me dijera  
 Y así quedamos los tres en paz y contentos.  
 Hasta hoy, nadie más me ha oído una palabra sobre ello. Y  
 tampoco escucho a los que quieren hablarme mal de ella. Por  
 el contrario, les digo:  
 —Si quieres ser amigo mío, no me hables mal de mi mujer,  
 que es la cosa del mundo que yo más quiero.

Y así no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Eso ocurrió el mismo año en que nuestro victorioso Empe-  
 rador vino por primera vez a esta insigne ciudad de Toledo.  
 Aquí reunió las Cortes, y se celebraron grandes fiestas, como  
 habrá oído usted.

Pues en ese tiempo estaba yo en la cumbre de mi buena for-  
 tuna.





Y así quedamos los tres en paz y  
Hasta hoy, nadie más me ha dicho  
tampoco escucho a los que quieren  
el contrario, les digo  
¿quiere ser amigo?

## INDICE

Pythagoras.....	1
Lázaro dice gracias frente sus padres.....	2
Cómo Lázaro pasó a servir a un ciego.....	3
Lázaro y el ciego de pila a pila.....	10
El dulce y amargo jero.....	19
Cómo compartir los racimos de uvas.....	24
La longaniza y el nabo.....	26
El poste que no dio al ciego.....	47
Su segundo año: el ciego avaro.....	31
El asalto al arco.....	32
No se ratón uno milites.....	34
El encuentro con el escudero su tercer año.....	35
La casa vieja.....	38
La vula de Lázaro con el escudero.....	40
El hambre del pobre escudero.....	52
La casa triste y oscura, y el cuarto.....	104
Lo que le cuenta su vida.....	110
Las respuestas y la desaparición del escudero.....	118
El quinto año de Lázaro su huésped.....	120
La pelea con el alguacil.....	124
Los falsos milagros.....	128
Lázaro vende agua y pasa peregrino.....	130
Lázaro de Tormes, su mujer y el acroposto de San Salvador.....	134